LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18 »	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.100 reis.

AÑO XV.—NÚM. X.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARSENAL, 16

Madrid, 5 de Abril de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Americas...	12 »	7 »	4 »
Extrangero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

MADRID.—ENTRADA EN PALACIO DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA VICTORIA (19 de Marzo de 1871).

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Cárlos Ochoa y por X.—Los alemanes en Paris.—Estudios de costumbres: la Semana Santa en Sevilla, por don José María Gutierrez de Alba.—Una mesa petitoria en Jueves Santo.—La catedral de Toledo.—Llegada á Madrid de S. M. la reina.—Generales franceses: Clement Thomas, Chanzy y Cremer, apuntes biográficos.—Recuerdos y lecciones, por don Eusebio Blasco.—Los insurrectos en Montmartre, por X.—*La última cena*, de Leonardo de Vinci.—Embarque en Barcelona del duque de Montpensier.—Destilacion de melazas.—La cabra negra, cuento popular conclusion, por don Antonio de Trueba.—Visita de S. M. la reina al hospital de Jesús Nazareno, por X.—La Samaritana, escena en verso, por Larmig.—La fé del amor novela (continuacion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Advertencia.

GRABADOS.—Entrada en palacio de S. M. la reina.—Salida de Paris de los alemanes.—Los alemanes en la plaza de la Concordia.—Retratos de los generales franceses MM. Clement Thomas, Chanzy y Cremer.—Una mesa petitoria en Jueves Santo.—Jesús Nazareno, copia de un cuadro de Leonardo de Vinci.—Bendicion y procesion de las palmas en la catedral de Toledo.—Exterior de la catedral de Toledo.—Salida de Barcelona del duque de Montpensier para la isla de Menorca.—Fábrica-destiladora de melazas: alzada y planta baja.—Cadáveres de los generales Lecomte y Thomas.—Posiciones ocupadas por los rojos en las alturas de Montmartre.—Llegada á Madrid de S. M. la reina, y paso por el arco de triunfo.—Visita de S. M. la reina al hospital de las Incurables.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

Paris 30 de Marzo de 1871.

Leiamos dias atrás el excelente libro recien publicado por M. H. de Passy, sobre las *formas de gobierno y las leyes por que se rigen*; y al llegar á los capítulos que tratan de las causas por que han desaparecido del mapa de Europa, como Estados independientes, Polonia, Bohemia, Hungría y las repúblicas italianas de la Edad media, no podiamos ménos de hacer en nuestra mente las más tristes aplicaciones á la situacion de este pais, y por desgracia tambien á la del nuestro. Todos aquellos Estados, algun dia tan florecientes, perecieron por la misma causa radical; la violencia de los mútuos rencores de los partidos y la comun insensatez de anteponer cada cual su propio interés al interés público; todos perecieron, en suma, por falta de amor patrio en sus ambiciosos y degenerados hijos. La moralidad política que resalta del desapasionado relato de M. de Passy, estudio perfectamente hecho de lo que hoy se llama filosofía de la historia, no es otra que la que condensa en cuatro palabras aquella gran sentencia de la Escritura: *Todo reino dividido perecerá*.

El primero é inevitable efecto de las divisiones intestinas, dice el sábio autor, es reducir más y más la dósis de libertad política de que son capaces los pueblos; esa sucesiva reduccion puede llegar y llega, siempre que pasa de cierta medida, hasta la pérdida total de la independencia. Casi siempre, añade, la libertad política pereció en las antiguas repúblicas de Italia á manos de los mismos que tenian la mision de defenderla. Es decir, que casi todas, esto es, todas las que no cayeron en poder de alguna potencia extranjera, fueron presa de un dictador, de un tirano salido de su propio seno. Lo mismo ha sucedido en los pueblos modernos, y sucederá siempre que los hombres se dejen arrastrar de sus pasiones y de sus intereses personales, hasta el punto de sacrificarles los legítimos derechos de los demás y los intereses permanentes de la patria. «¡Quereis ser libres y no sabeis ser justos! decia Demóstenes á los turbulentos Atenienses; pues sabed que para un pueblo corrompido y revoltoso, nunca falta un Filipo.» ¿Faltará hoy para esta nacion que no acierta á gobernarse á sí misma? ¿ó más desgraciada todavía que Atenas y la Florencia de los Médicis, correrá la terrible suerte de Polonia? La pregunta no es nuestra: si no su texto crudo, su espíritu á lo ménos palpita en las columnas de estos periódicos de órden. Dias atrás, el 27, la formulaba *categóricamente*, examinando sus probabilidades, un elocuente redactor de *La Liberté*, M. Paul de Saint Victor, bajo el tema *Cómo perecen los pueblos*. Con esta profecía termina su doloroso paralelo entre la Francia de M. Thiers y la Polonia de Andrés Zamoiski: —«¡El órden reinará en Paris como en Varsovia!»—Soñando cree uno estar y bajo la presion de una terrible pesadilla cuando lee estas cosas en Paris, en francés, y recuerda cómo se pensaba y cómo se escribia aquí hace ocho meses.—¡Ay, entónces sí que se soñaba!!...

Pérdida de la libertad política, ó pérdida de la independencia, como consecuencia inevitable de la corrupcion de las costumbres públicas, tal es la síntesis del libro de M. de Passy; y si es cierta, como lo demuestran de consuno la razon y la experiencia de todos los tiempos, natural es que tiemblen hoy los hombres previsores de Francia y... los de España; ¿y á qué negarlo? Fraccionados ambos países en una multitud de partidos; fraccionados éstos á su vez en casi tantas opiniones cuantos individuos cuentan en edad de vestir la toga viril, uno y otro se encuentran, á no dudarlo, en una pendiente muy peligrosa. Rota además aquí toda disciplina, perdido todo respeto al derecho de los demás, que es la justicia, sin la cual la libertad es imposible; vencida, por último, y humillada profundamente por una série de increibles desastres, Francia presenta al mundo uno de los más dolorosos espectáculos que registra la historia de los pueblos modernos. Para colmo de desgracia, facilísimo de prever, sus posesiones de Argelia empiezan á verse sériamente amenazadas por insurrecciones indígenas que, aunque muy importantes para Francia, desaparecen como menudas manchas en el negro cuadro de la situacion general de nuestros hoy tan desgraciados, antes tan envidiados, vecinos.

Y por lo que respecta á nuestra tierra amada, doblemente amada cuando la tenemos léjos, no son ya sólo los hombres, segun vemos en los periódicos de esa, los que toman parte en las luchas políticas: tambien las damas atizan un poco con sus blancas manos la hoguera de nuestras discordias civiles, y preparan tal vez á Madrid, sin saberlo, y de seguro sin desearlo ellas mismas, escenas propias de unos tiempos que creiamos habian pasado ya para siempre. Si esas malhadadas cuestiones de saludos y no saludos á altas personas, de mantillas y peinetas con que suele afligirnos la prensa de Madrid á los pocos españoles que andamos por esta tierra, no se cortan pronto por la prudencia de los que deben dar ejemplo de ella y de todo lo que constituye una buena educacion, de temer es que haya que lamentar sérios disgustos. ¿Y de quién será la culpa? Indudablemente de quien les haya dado origen con una primera provocacion, por más sencilla y áun inocente que parezca á primera vista.

Las costumbres de un pais no se borran en un dia; y la preponderancia de la plebe, simbolizada en el insulto y el garrote, no es, como creen algunos, un accidente fatal de las actuales instituciones libres, sino ántes un grosero anacronismo que brama de hallarse junto con ellas: esa preponderancia demagógica ha sido entre nosotros durante siglos enteros una base fundamental, una condicion necesaria de la forma de gobierno por que nos hemos regido. El absolutismo, ya lo ejerza un rey, ya un tribuno feliz, ya una asamblea, no puede vivir sino apoyado en la inmensa fuerza de las masas populares, subyugadas por el prestigio de una idea ó de un hombre, pero bajo la condicion precisa de subyugar ellas á las clases superiores; sólo en algunas antiguas repúblicas, y señaladamente en Venecia, se ha dado el curioso espectáculo de un absolutismo y hasta de un despotismo ejercido por las clases aristocráticas sobre las turbas del pueblo. El absolutismo individual nunca ha podido ejercerse, ni creemos que llegue á ejercerse jamás, sino bajo la imprescindible condicion de un predominio brutal de la plebe, cualquiera que sea la forma bajo que ese predominio se disfrace. El que ha dominado en España desde los tiempos de la casa de Austria, en que la aristocracia, perdida toda su importancia política, anulada como elemento de gobernacion, quedó reducida á figurar únicamente en los oficios de la alta servidumbre palaciega, tuvo siempre su principal apoyo en las ínfimas clases del pueblo: de aquí el predominio constante entre nosotros del elemento democrático sobre el estado llano y hasta sobre la porcion más inteligente de la aristocracia, mirada siempre de reojo por la potestad real. Aun dentro del mismo clero, fiel sostenedor del poder absoluto, lo que constituia la democracia, es decir, la innumerable falange de sus regulares, ejercia, lo mismo que en la sociedad civil, un indisputable predominio sobre las clases más elevadas, y gozaba el especialísimo favor de la corona.

De aquí tambien, en aquellos tiempos de triste recordacion, la frecuencia y casi diriamos la necesidad de grandes violencias para sostener aquel predominio ininteligente, que sin el apoyo de la fuerza material habria sido de todo punto ilusorio. La teoría del absolutismo conduce por una irresistible pendiente, y como á su última consecuencia, hasta la execrable doctrina del regicidio, postrer triunfo de la fuerza bruta. En grande error incurren los que imputan á las escuelas liberales el vicio esencial de dar un excesivo predominio á la demagogia y á sus excesos, cuando ese predominio y esos excesos son por el contrario la condicion vital del absolutismo puro por que suspiran los adversarios de aquellas escuelas. Nuestra historia moderna lo confirma en todas sus páginas. Cuando oimos á esos adversarios declamar contra las repugnantes proezas de la *partida de la porra*, por ejemplo, se nos ocurre recordarles aquello de que no se debe mentar la soga en casa del ahorcado. No hay para qué remontarnos á las matanzas *populares* de judíos y moriscos, ni á las hogueras de la Inquisicion: basta volver la vista á tiempos muy modernos. Si tuviesen un poco de memoria ó hubiesen leido á lo ménos nuestra historia de este último medio siglo, verian que esa odiosa *partida* no es más que un resto rezagado, anacrónico y realmente muy atenuado, de aquellos tiempos á que quisieran volver, probablemente para maldecir de ellos en cuanto empezaran á saborear sus encantos.

Vergüenza y horror nos causa pensar que puede haber hoy en Madrid, como aseguran ciertos periódicos, un poder armado de garrotes capaz de cohibir á las personas cultas en la libre manifestacion de sus opiniones: no hallamos términos bastante duros para anatematizar ese hecho, y la tolerancia ó debilidad que lo consiente; pero no nos forjemos ilusiones peligrosas ó interesadas: ese hecho no es peculiar de nuestros tiempos de libertad; al contrario, es su negacion más rotunda, un contrasentido, un resto fatal, como decíamos ántes, de las costumbres y hasta de la organizacion política de otros tiempos. Volvamos la vista á los de la terrible reaccion servil de 1823: los batallones de Voluntarios realistas, representacion viva de la demagogia armada por el poder real y teocrático contra la influencia de las clases medias y de la aristocracia ilustrada, no fueron en realidad sino una especie de inmensa *partida de la porra* tendida como una red sobre toda España, sin perjuicio de las proscripciones en masa y de los patíbulos permanentes. ¡Ay entónces del que hubiera osado hacer la más inocente manifestacion liberal! ¡Infeliz la señora, desgraciado el niño ó el anciano que hubiese salido á la calle con la menor prenda de vestir ó siquiera una cinta de *color verde*, símbolo de liberalismo! Ni áun idea podemos formarnos hoy los que no hemos alcanzado aquellos dias nefastos, de las feroces escenas de venganza á que se entregaban aquellas turbas dominantes entre los melodiosos ecos de la *pitita*, segun nos cuentan los que tuvieron la desgracia de presenciarlas. Hija espúrea de aquellas turbas, es sin duda la actual *partida de la porra*; pero ya lo hemos dicho: por más odiosa que nos parezca, mucho ha degenerado, no es ya ni sombra de lo que fué.

Sucede con ella lo que con las corridas de toros, que con efecto existen todavía con mengua de la civilizacion moderna, pero que tampoco son ya ni sombra de lo que fueron en los buenos tiempos del absolutismo, de cuya civilizacion formaban precioso adorno ó más bien parte integrante y esencial. En algo se ha de entretener el pueblo para que no lea ni piense ni pida cuentas; algo se ha de hacer para convertirle en esa rara mezcla de asno y tigre que necesita el poder absoluto para utilizarle en sus tenebrosos fines. Sólo así y por medios análogos, se consigue hacerle gritar ébrio de un entusiasmo estúpido como gritaba entónces: —¡Viva el rey neto! ¡muera el comercio! ¡muera la nacion! Ya lo dijo el gran Jovellanos: *Para y toros es*

todo lo que necesita un pueblo sometido al vergonzoso yugo del absolutismo teocrático, ya lo ejerza el amo por sí mismo, ya lo delegue en un favorito ó en una madama de Pompadour. Hoy no necesitamos esas distracciones; ántes bien, se despegan de nuestras costumbres y nuestras ideas: tenemos aún, es verdad, corridas de toros; pero ya no hay escuelas de torco, ni funciones por mañana y tarde, que entónces eran con toda verdad medias corridas, ni nuestras altas clases afectan las costumbres toreriles, como no sea por breves momentos y para determinado fin, salvo á vestir, vivir y áun hablar á la francesa todo el resto del año. Acabará, pues, pronto, lo esperamos en Dios, ese triste legado de la civilizacion antigua: con él y otros como él acabarán tambien pronto y para siempre las partidas de la porra; pero mientras desgraciadamente perseveren éstas, aunque atenuadas, la prudencia aconseja no azuzarlas con demostraciones estériles y, en general, contraproducentes. Y con esto, volvemos á nuestro punto de partida, y damos por terminadas estas reflexiones que nos sugiere el último paquete de periódicos llegados de esa.

Aquí las cosas van de mal en peor: esto *se lo lleva la trampa*, y perdónesenos lo vulgar de la expresion. El prestigio personal de M. Thiers va de capa caida por la debilidad de que con razon se le acusa ante los insurrectos de aquí, y tampoco anda muy bien parado el de la Asamblea nacional: en suma, la situacion no puede ser más tirante, y es general el temor de la próxima ocupacion de París por los prusianos. Ese temor es más bien en muchos un *deseo*: ¡tan postrado anda hoy por aquí el patriotismo! No hay ejemplo de desmoralizacion semejante. Se habla de la presencia en Versalles de uno de los príncipes de la casa de Orleans, el duque de Aumale, y á este rumor da fuerza el furioso artículo del *Journal Officiel* de París, órgano de la insurreccion federal, en que se predica el regicidio como el *deber* de todo buen ciudadano. Lo que decimos ántes: la demagogia blanca ó roja armada del *poder absoluto*, es siempre la misma.

Corre tambien la voz de que el Gobierno está reuniendo fuerzas para venir á apoderarse del *Hôtel de Ville*, donde reside la *Commune*; pero se duda mucho de que lo intente, y más aún de la lealtad de las tropas. Hasta ahora se habia esperado que habria por lo ménos un arreglo, bueno ó malo, entre Versalles y París; pero hoy se aseguraba en la Bolsa que no hay avenencia posible; y en cuanto á los medios de fuerza, se necesitarian cien mil hombres seguros y una formidable artillería para apelar á ellos sin notoria temeridad. Si hay lucha, de seguro será terrible, porque estos insurrectos de París son gente perdida y, como tal, resuelta á todo: en cambio la gente de órden está completamente *aplanada*.

Ayer empezó á hacer aquí un frio extraordinario. Todo el dia se está oyendo tocar el tambor, y por donde quiera se ven guardias nacionales, que van y vienen, muchas tiendas cerradas, todas desiertas, poca gente en las calles, poquísimos coches, caras muy largas, una ansiedad general y muchos preparativos de emigracion. Quedan ya muy pocos extranjeros, y los españoles somos de cada dia más contados.

Una triste baja ha tenido estos dias nuestra reducida colonia. La decana de nuestros compatriotas, una excelente señora jerezana, que residia aquí desde 1814, Madama Haury, ha fallecido recientemente á la edad de 96 años. Era persona sumamente apreciada y querida en la sociedad de París, y sobre todo entre los españoles.

Hoy nos trae el telégrafo la noticia del fallecimiento de la reina de Suecia, Guillermina Federica Alejandrina, ocurrido esta mañana á las once y media: contaba cuarenta y tres años de edad, y era hija de Guillermo Federico, padre del actual soberano de los Países Bajos.

De otras tres muertes de personas ilustres dan cuenta los diarios ingleses. Son las de tres eminentes sábios, muy pocos conocidos en nuestro país, pero muy célebres en los suyos, esto es, en varios Estados de Alemania, á saber: el historiador Gervinus, el químico Gustavo Mischerlich y el estadista Augusto Wiggand. Los mismos periódicos ingleses (pues los de aquí se ocupan poco naturalmente en esas cosas) vienen llenos de descripciones de la entusiasta acogida que ha tenido en Berlin el emperador Guillermo. El comercio de aquella ciudad le ha regalado una soberbia corona de oro macizo con los nombres de todas sus recientes victorias, inscritos en cada una de sus hojas. ¡*Hojosa* y *pesada será en verdad la tal corona*!

Y pues de los periódicos ingleses se trata, añadamos que de su lenguaje se deduce la grande alarma con que se ve el progreso de las ideas republicanas en Inglaterra, el país monárquico y aristocrático por excelencia. La poca popularidad del actual heredero de la corona agrava el peligro de la activa propaganda republicana que se está haciendo en aquel país, como en tantos otros.

CÁRLOS DE OCHOA.

Madrid 2 de Abril.

Con el título de *El Porvenir*, ha empezado á publicarse en Madrid un nuevo periódico político. Pertenece á la comunion conservadora, y defenderá el liberalismo templado de los hombres que formaron la Constitucion del 1845. Le deseamos próspera vida.

De una descabellada intentona carlista fracasada en Córdoba en la madrugada del 28 último, nos dan tristes detalles los periódicos de aquella ciudad. Se habla mucho de malos medios empleados para hacer caer á los conspiradores en una celada; pero creemos que esto en nada amengua el delito y la insensatez de la conspiracion, por lo cual no estaria demás que los que tanto reprueban aquellos medios, reprobasen tambien ésta, sin ambajes ni reticencias.

El 31 último, dias de S. M. el rey, se verificó á las dos de la tarde en Palacio una gran *recepcion*, ceremonia que ha sustituido en la nueva corte al feudal *besamanos* de la antigua. El acto estuvo muy concurrido y brillante. S. M. el rey vestia grande uniforme de capitan general con las insignias del Toison de Oro. La reina lucia un precioso traje de seda blanco bordado de oro, un collar de gruesas perlas, y en la cabeza una diadema de brillantes, de cuyo centro le caian largos rizos rubios sobre la espalda. SS. MM. se encontraban delante de las gradas del trono, el rey en pié, y sentada á su izquierda la reina, por hallarse todavía un poco delicada. A la derecha de los reyes estaban los ministros y algunos altos empleados de Palacio; á la izquierda las señoras duquesas de la Torre y de Tetuan, la marquesa de Sardoal y la condesa de Almina: enfrente se veian los individuos y las señoras del cuerpo diplomático. Otras muchas personas de distincion, amen de las altas corporaciones del Estado, y de los cuerpos de la guarnicion, acudieron á aquel solemne acto.

El sábado 25 abrió sus puertas la Real Academia Española al nuevo académico señor don Manuel Silvela. La sesion estuvo lucidísima, con asistencia de numerosas damas. El discurso del señor Silvela, á que contestó el señor Cánovas del Castillo, versó sobre el carácter de nuestra literatura á fines del siglo pasado, y la influencia que en ella ejerció Moratin. Ambos discursos son dos obras maestras.

De dos estrenos dramáticos tenemos que dar cuenta, á saber: el de la comedia de costumbres, en verso, de don Antonio García Gutierrez, y el de la zarzuela *Los Holgazanes*, de don José Picon, música del señor Barbieri. El manoseado tema de la educacion mujeril, que da asunto al teatro entero de Moratin, segun la oportuna observacion del señor Cánovas del Castillo en su discurso ántes citado, forma tambien el argumento de la comedia del señor García Gutierrez. Con todo el respeto debido al ilustre maestro, diremos que su nueva obra nada añade á la grande y merecida reputacion de que goza como poeta dramático, ni tampoco á lo dicho y redicho en la materia: esta no da un paso con la fábula ideada por el señor García Gutierrez, que hasta por pasar en tierra extraña y entre costumbres diferentes de las nuestras, *ofrece escaso* interés en nuestra escena. La obra, por lo demás, tiene notables bellezas, y con decir que es digna de su autor, dicho está todo. El desempeño fué el que nos presenta casi siempre el teatro español: difícilmente mejorable.

La zarzuela del señor Picon alcanzó un éxito ruidoso, y llevará mucha gente al teatro de la calle de Jovellanos, debido esto en gran parte á sus magníficas decoraciones y á la preciosa música del señor Barbieri; pues la obra, en lo literario, se ha considerado como bastante inferior á *Pan y Toros* y tantas otras de su aplaudido autor. Sobran allí incidentes y episodios, no todos del mejor gusto: se oyen expresiones demasiado crudas, y abunda materia para muchos más cuadros de costumbres de los que caben en una obra de esta clase. La sobriedad en los medios, que no debe confundirse con la pobreza, es condicion esencialísima y muy difícil de llenar en las obras de arte.

Mañana es el dia señalado para la apertura de las primeras Córtes ordinarias del nuevo reinado. ¡Dios las ilumine! Grande es la ansiedad con que la nacion entera fija los ojos en los dos palacios, del Congreso y del Senado, que juntos forman hoy lo que un poeta clásico llamaria una *caja de Pandora*. De allí puede salir, en efecto, para nosotros, ó una situacion próspera, parecida á la de Francia desde 1830 á 1848, ó una todavía peor, si cabe, que la que atraviesan hoy nuestros vecinos. Lo repetimos: ¡Dios ilumine á las nuevas Córtes!

X.

LOS ALEMANES EN PARÍS.

Cuando el telégrafo anunciaba que los preliminares de la paz estaban firmados, un periódico de Burdeos, el que más exaltacion habia mostrado desde el principio de la guerra, exclamaba tristemente parodiando una célebre frase histórica:

«¡La paz se ha hecho! Puesto que ya no es tiempo de combatir como hombres, lloremos como mujeres.»

Y en verdad, que los sucesos merecian el recuerdo del altivo Muza, más bien que el del afeminado y débil Boabdil.

Esas palabras se leian en Burdeos, en toda la Francia, con resignacion, si no con indiferencia, cuando se iba á perder una provincia, y otra debia quedar desmembrada, y era preciso pagar una espantosa contribucion de guerra, y las tropas alemanas habian de pasearse en triunfo por las calles de París.

«Reina grande exaltacion—anunciaban, sin embargo, los hilos eléctricos en la tarde del 28 de Febrero último—con motivo de la próxima entrada de los alemanes.»

Pero dos dias despues los alemanes estaban acampados en la plaza de la Concordia (véase el segundo grabado de la pág. 164), delante de las Tullerías y del Louvre, y habian dejado atrás la plaza de la Estrella: esto es, los fieros soldados del antiguo marqués de Brandeburgo, hollaban el corazon de la Francia, colocándose en el centro de la altiva nacion de Luis XIV y Napoleon I, á igual distancia de la Francia de los reyes, la Francia antigua, que de la Francia de los emperadores, la Francia moderna: entre las Tullerías y el Arco de la Estrella.

¡Qué placer tan inmenso sentirian los buenos parisienses, el dia en que los alemanes levantaron el campo!

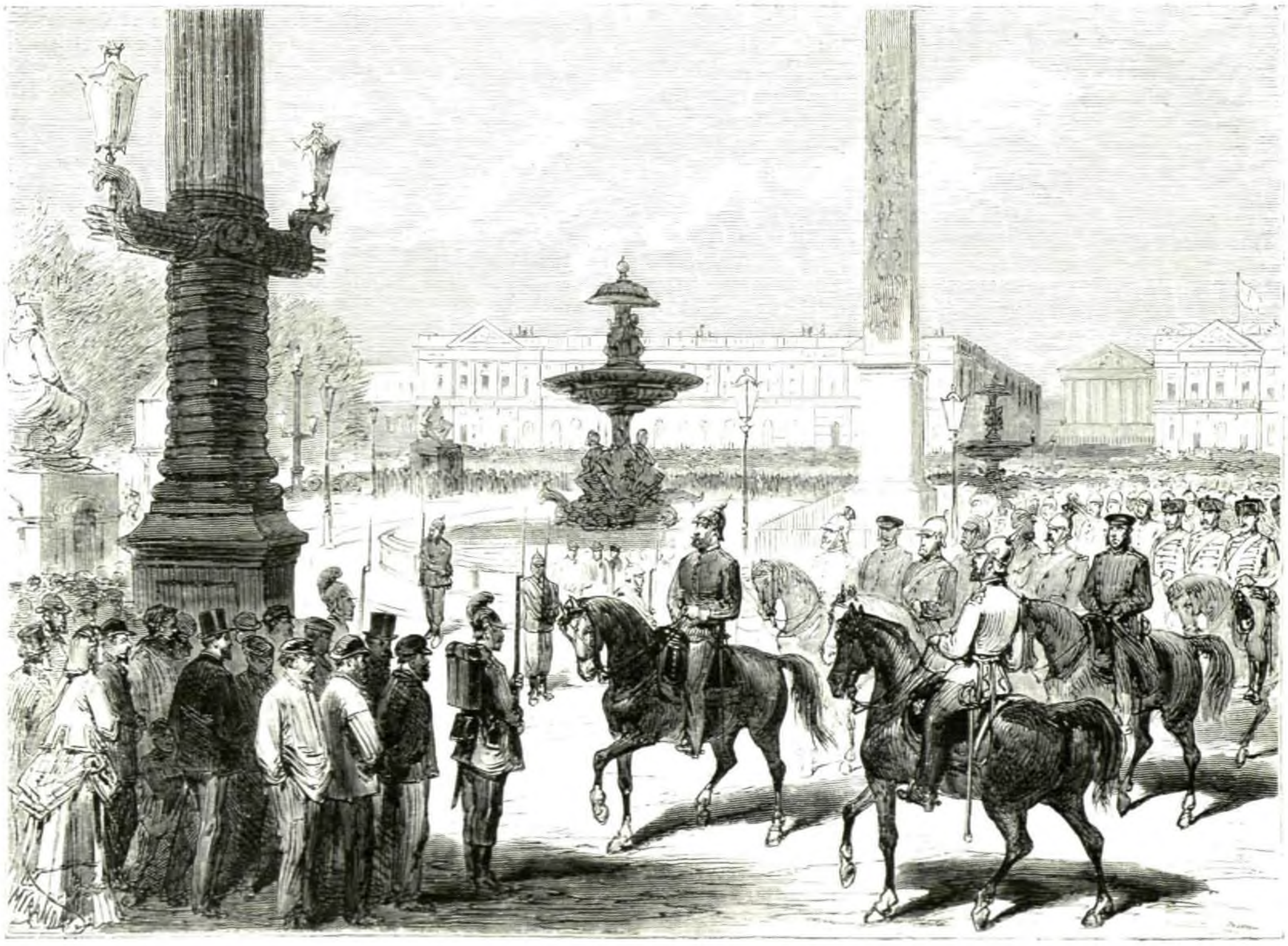
Verianlos desfilar por los Campos Elíseos, pasar bajo el Arco de la Estrella, á través de la Avenida del Gran Ejército, y perderse, por último, en la de Neuilly, entre espesa nube de polvo (véase el primer grabado de la pág. 164), y casi puede asegurarse que entónces cantarian entusiasmados:

Amour sacré de la patrie...

Esto era el 3 de Marzo.

El 14, se habia traducido el *amour sacré de la patrie* en una insurreccion formidable contra poderes legítimos, dado el sufragio universal; el 18 se asesinaba á dos generales inocentes; el 20 corria la sangre en la plaza de Vendôme; el 26 se hacia un campo atrincherado en la plaza del Hôtel de Ville, y el 27 se encla-

PARÍS.—SALIDA DE LOS ALEMANES.



PARÍS.—LOS ALEMANES EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

GENERALES FRANCESES.

CHANZY.

CLEMENT THOMAS.

CREMER.

MADRID.—SUESTACION DE JUEVES SANTO.

laba en las Tullerías el pendon rojo—aquel pendon memorable del 21 de Enero de 1793.

¡Pobre, desdichada Francia!

Los alemanes salieron por la Avenida de Neuilly, pero...

¿Volverán á acampar los alemanes en la plaza de la Concordia?

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA (1).

Pocos pueblos hay en el mundo católico donde se celebren los sagrados misterios de nuestra religion con la régia pompa y el ostentoso aparato que se celebran en la catedral de Sevilla. Pero en lo que más se distingue la ciudad del Bétis es en las procesiones ó cofradías con que en la Semana Santa recuerda á los fieles las dolorosas escenas de la pasion y muerte del divino Redentor del mundo.

Segun el testimonio unánime de todos los viajeros, sólo Roma puede rivalizar dignamente con la capital de las Andalucías, sin que le lleve notable ventaja sino en aquello que necesariamente no puede hallarse más que donde está la cabeza visible de la Iglesia.

Luégo que la Semana Santa se aproxima, se ven acudir de todas partes curiosos viajeros atraidos por la justa fama de que Sevilla goza en toda la cristiandad. Fondas, posadas, paradores de todo género están en estos dias completamente ocupados por la mucha gente que concurre de los pueblos más próximos, por los que llegan de las provincias más apartadas de España, y por un crecido número de extranjeros procedentes de todas las naciones.

Tres causas á cual más poderosas sostienen en esta ciudad el fastuoso brillo de sus magníficas procesiones: la incontestable piedad del pueblo sevillano, eminentemente católico; el carácter especial del andaluz, que propende siempre á dar cierta pompa majestuosa á todos sus espectáculos y fiestas, sean de la clase que fueren; y por último, el interés del comercio, que reporta grandes utilidades de la aglomeracion de viajeros en esta época del año.

Sevilla, que ha llegado á contar hasta doscientos templos en su recinto, ha visto formarse entre sus moradores más de cuarenta hermandades ó *cofradías*, que *con diferentes títulos y un solo y piadoso objeto* han salido procesionalmente desde los tiempos más remotos, á dar testimonio público de su ardiente fé, tributando religioso culto á la imágen del Salvador en alguna de las sublimes escenas de que hace conmemoracion la Iglesia católica en estos dias.

Hasta el siglo XIV se remonta, segun los datos que hemos podido adquirir, la creacion de muchas de estas hermandades, y algunas de ellas se restablecieron inmediatamente despues de la reconquista.

Aunque el objeto ha sido siempre el mismo, la forma en que estas procesiones se verificaban en su orígen era muy diversa. Reducidas en un principio las hermandades á simples congregaciones de fieles más ó ménos numerosas, pero sin estatutos ni reglas fijas, comenzaron á denominarse *cofradías de penitencia, sangre y luz*, porque además de reunirse los cofrades para hacer ejercicios piadosos en ciertos dias del año, salian durante la Semana Santa á visitar los Sagrarios y á recorrer otras estaciones, unos cumpliendo penitencias públicas, otros azotándose hasta derramar mucha sangre, y otros alumbrando con hachas de cera á un Santo Cristo crucificado, que al final de la procesion solia llevar un sacerdote.

Cada una de estas procesiones salia de la iglesia en que se hallaba situada, sin tener hora fija, ni conocer jurisdiccion de ninguna clase, recorriendo en su estacion las calles que tenian por conveniente; y habiendo adquirido cierta importancia, así por su crecido número, como por las muchas rentas que algunas llegaron á poseer y administrar en pocos años, se mandó que formasen sus reglas ó estatutos, y que se sujetasen todas á la jurisdiccion eclesiástica.

En el siglo XVII, segun el abad Gordillo, asistian por órden de antigüedad á la procesion de la Bula de la Santa Cruzada hasta veinte y dos de estas cofradías, cuyos nombres nos parece ocioso consignar en este lugar, así como los templos de que salia cada una de ellas.

A pesar de que el gobierno eclesiástico llegó por fin á regularizarlas, en cuanto á la hora de su salida y estacion que habian de recorrer, continuó por mucho tiempo el mismo desórden que existió en un principio, y sólo habia uniformidad en que todas las procesiones iban precedidas de su *manguilla* como insignia primordial de su instituto, siguiendo los hermanos de *luz* en dos filas paralelas; llevando en el centro los penitentes y disciplinantes, y detrás de todos un sacerdote con el crucifijo.

Los pasos de escultura, representando alguno de los misterios de la pasion y muerte del Señor, se fueron introduciendo poco á poco, á imitacion de la cofradía titulada de *Jesús Nazareno*, que fue la primera en sustituirlos á los cuadros ó tarjetones en que algunas de ellas llevaban pintados estos misterios.

El gran desarrollo que adquirieron las bellas artes en Sevilla por los siglos XVI y XVII contribuyó sin duda á la práctica que entónces comenzó á extenderse, de llevar sobre andas ó parihuelas los pasajes que querian representar en imágenes de escultura, que cada vez más se fueron perfeccionando, hasta llegar al estado sorprendente en que hoy dia las admiramos.

Por aquel tiempo comenzó á advertirse entre las cofradías cierta emulacion, en la que tuvo quizás notable influencia una disposicion sinodal del arzobispo don Fernando Niño, que para evitar ciertos desórdenes que se venian cometiendo, determinó que todas hiciesen su estacion á la catedral, á fin de poder más fácilmente observarlas y corregir sus defectos.

Esto dió orígen á las primeras disputas que entre las hermandades hubo, por defender con su derecho de antigüedad la primacía para hacer su entrada en el templo, toda vez que habian de concurrir á un mismo punto. Entónces se señaló á cada una su hora, siendo la preferencia el ir detrás, durante el dia, y delante, en las que hacian su estacion de noche ó de madrugada.

Tales fueron las puerilidades que se sostuvieron entónces con notable teson, y dieron orígen á los anacronismos que hoy se advierten.

Otra de las novedades que por aquella época se introdujeron, fué la de llevar otras insignias, como el estandarte, que usaban todas fuera de aquel acto, y el salir acompañadas de la Cruz y del clero parroquial, que les daba cierta autoridad, carácter é importancia.

Por lo demás, no hubo entre todas ellas otra diferencia notable sino la de las túnicas, que empezaron á vestir los hermanos, consistentes en una especie de lobas ó ropones de lienzo de diferentes colores, segun el adoptado por su respectiva hermandad, y el escudo de cada una de ellas, que solia estar pintado sobre un pedazo de cuero y cosido á la túnica en la parte más visible del pecho.

Entónces solian tambien llevar la cabeza descubierta y no usaban de antifaz alguno, como se introdujo más adelante.

Pero era tal el incremento que estas hermandades iban tomando, tantas las riquezas que acumulaban, y tan crecido su número, que por los años de 1623 tuvo el Consejo de Castilla que expedir una Real órden, para que este número se redujese, agregándose unas á otras; órden que con diferentes pretextos fué eludida, si bien dió el resultado de que no volviesen á salir en procesion algunas de ellas.

Así continuaron en su antigua forma, hasta que en 1777 fueron prohibidos los disciplinantes con todas las demás penitencias públicas, bajo las penas más severas. Desde entónces estas procesiones se redujeron sólo á los hermanos de luz, que acompañaban las insignias é imágenes en la carrera, sustituyéndose á los disciplinantes otros hermanos, vestidos de túnica, que llevaban una especie de bocina ó trompeta, y otros que demandaban y recogian en el tránsito la limosna de los fieles, y llevaban tambien sus túnicas del color de la hermandad, aunque algo más cortas que las de los otros, é iban adornados con golillas y sombreros redondos con cintas blancas.

Por aquel tiempo, y hasta principios de este siglo, solian llevar delante el muñidor, uno de los oficiales de la hermandad, agitando á intervalos una gran campanilla por lo comun de plata, y éste era el que dirigia el rumbo de la procesion y determinaba su mayor ó menor lentitud en la carrera.

En época más reciente se determinó por el mismo Consejo que todas las cofradías quedasen sujetas á la jurisdiccion real ordinaria, y desde entónces empezó á señalárseles la hora de la salida por la autoridad civil de acuerdo con la eclesiástica, saliendo siempre presididas por la primera.

Como todas las instituciones humanas, estas hermandades han sufrido tambien desde su creacion diferentes vicisitudes, ya encontrándose en grande ánge y con un crecido número de hermanos, ya viniendo al extremo de no poder salir en procesion por falta de cofrades y de recursos; pero entre ellas ha habido algunas que han gozado siempre de mucho prestigio, acumulando considerables riquezas, principalmente en alhajas y otros adornos para sus insignias é imágenes.

Para formar una idea del número á que estas hermandades llegaron, baste decir que en el año de 1629 salieron á hacer su estacion nada ménos que 36; y hallándose en Sevilla el rey Felipe V con su familia y corte, en el año de 1739 salieron 27, siendo este el primer año en que se imprimieron programas, costumbre que ha continuado sin interrupcion desde entónces.

Obsérvase lastimosamente en el órden procesional de estas cofradías una involucracion en los misterios que representan y una série tan absurda de anacronismos, que es doloroso el ver que hasta ahora no hayan tratado de remediarse, haciendo que fueran todas por el órden cronológico de los sucesos y prescindieran del derecho de antigüedad, en que se fundan para continuar como empezaron, y cuyo sostenimiento, hijo más bien de una vanidad pueril que de un verdadero celo religioso, ha dado orígen á acaloradas disputas, escándalos y pleitos entre las hermandades, con perjuicio del culto y de la religion misma.

Vamos ahora á hacernos cargo, bajo el punto de vista artístico, de las esculturas que llevan estas procesiones, entre las cuales hay algunas de un mérito extraordinario.

Principiaremos á hacer su descripcion, segun el órden de antigüedad establecido; y cuando éste falte, con arreglo al de los sagrados misterios que representan.

La del *Sagrado Decreto*, que es una de las más antiguas, pues data de 1507, tiene dos pasos notables: el uno representa á Jesús crucificado derramando hilos de sangre de las cinco llagas, que la Magdalena arrodillada recoge en un cáliz; á un lado del Señor está una imágen de la Virgen con el título de la Esperanza, y al otro la de San Juan Evangelista. El otro paso, que es el que da orígen al nombre adoptado por la cofradía, representa á la Santísima Trinidad pronunciando el Sagrado Decreto para que la segunda Persona baje al mundo á morir por el hombre. La Trinidad se halla colocada sobre un trono de nubes; al lado de la persona del Hijo está la Iglesia, representada por una matrona dormida, con traje negro y una estola morada, cayéndole sobre la cabeza la sangre que se vierte del costado de Jesucristo, para denotar el estado de la sinagoga, de que habia de salir la Iglesia militante, fecundada por la sangre del Redentor; junto á la persona del Padre está la Fé, en memoria de la que tuvieron los antiguos patriarcas; y delante de estas figuras están las de los cuatro doctores de la Iglesia que la ilustraron acerca de los misterios de la Redencion. En la delantera del paso se eleva una palma, símbolo de la victoria, con una cruz en su cogollo denotando el instrumento del triunfo; de ésta pende el Amor divino en forma de ángel, dirigiendo

(1) Muchas de estas noticias las hemos tomado del curioso libro que sobre las Cofradías publicó en dicha ciudad en 1852 don Félix Gonzalez de Leon.

una flecha á la persona del Verbo que, herido por ella, aceptó voluntariamente el decreto de morir por el hombre. Del pié de la palma sale un dragon, al que espera otro ángel con una lanza, para darle muerte: esto simboliza la del pecado, y que así como Luzbel triunfó del hombre en un árbol, en otro seria vencido por el Verbo encarnado, aludiendo á lo que canta la Iglesia: *Et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vincretur*. Esta cofradía, que lleva sus imágenes vestidas con la mayor propiedad y no escaso lujo, hacia su estacion antiguamente el Jueves Santo. En la actualidad sale el Viernes por la tarde, en los años que tiene suficientes recursos para hacerlo.

La del *Dulcísimo nombre de Jesús*, situada en San Pablo, que es tambien una de las más ricas, y que fué fundada en 1572, tuvo á su cargo antiguamente la administracion de la casa de expósitos, razon por la cual en el siglo pasado la acompañaban en su estacion las nodrizas de dicha casa, llevando los niños en brazos. La última vez que salió en público fué por el año de 1763, y desde entónces ha ido perdiendo cada dia más su importancia y sus riquezas, hasta venir á refundirse últimamente en la de la *Quinta Angustia*, hermandad situada en el mismo local, y que hoy goza de mucho crédito.

Los dos pasos que llevaba en su estacion eran ambos pequeños y cubiertos de palio, sostenido por seis varas de plata; en el uno de ellos iba el niño Jesús, y en el otro una Virgen Dolorosa titulada de la Encarnacion. Las dos imágenes son del célebre escultor Juan Martinez Montañés, y ambas de un mérito artístico indisputable.

La *Entrada de Cristo en Jerusalen*, fundada en el siglo XVI y establecida en la parroquia de San Miguel, hace su estacion el Domingo de Ramos por la tarde, y lleva tres pasos en la forma siguiente: el primero, en que se figura la entrada triunfante de Cristo en Jerusalen, lleva la imágen del Salvador sentado sobre una asna en el momento de entrar por un arco ó puerta de la ciudad: síguenle los apóstoles Pedro, Juan y Santiago, y delante hay seis hebreos arrodillados y tendiendo sus capas, para que el Señor pase sobre ellas. Á un lado se ve una palmera, sobre la cual se halla el Zaqueo arrojando al suelo algunos cogollos.

En el segundo paso va sólo Cristo crucificado con el título del *Amor*, sobre una peana antigua y de pésima talla, y en el tercero la imágen dolorosa de Nuestra Señora del Socorro, sobre cuya peana, ricamente dorada, lleva multitud de adornos, flores, faroles y candeleros de plata. Así esta imagen como la del Cristo, y las del Jesús y los Apóstoles que van en el primer paso, son obras del mismo escultor Montañés, pero no los hebreos, que son de época reciente y de muy escaso mérito artístico.

La hermandad que se titula *La despedida de Nuestro Señor Jesucristo de su Madre*, que salia en procesion de la parroquia de San Isidoro, y que no ha hecho estacion desde el año de 1818, tuvo por primitivos cofrades á los pescadores y carniceros de la ciudad, y fué poco á poco extinguiéndose, segun que fueron perdiendo su importancia los gremios; pero sus pasos se conservan aún en dicha parroquia, y son: el primero, en que iban el Señor y la Virgen, en actitud de despedirse, y delante de ellos los apóstoles San Juan, San Pedro y Santiago con las tres Marías: el segundo, en que iba el Cristo de las Virtudes, escultura antiquísima y cuyo autor se ignora; y el tercero, que llevaba una Dolorosa con el título del *Dulce Nombre*. Todas estas imágenes, excepto la del Cristo ya mencionado, son modernas y no tienen mérito alguno.

La cofradía de la *Cena*, que es otra de las más antiguas y que salió de la iglesia de San Basilio hasta 1830, llevaba tambien tres pasos. En el primero, sobre peana tallada, jaspeada y dorada, en cuyo frente se leen algunos textos de la Sagrada Escritura, está el Salvador con sus doce apóstoles sentados á la mesa, y Jesús tiene el cáliz en la mano. En el segundo paso está el Señor desnudo, sentado sobre el Calvario, con la mano en la mejilla, esperando que los judíos acaben de preparar la Cruz, que se halla tendida en el suelo, y junto á ella se ve la túnica de que acaban de despojar á Jesús. En el tercero iba la Santísima Virgen, llamada del *Subterráneo*, obra del conocido escultor sevillano don Juan de Astorga. Las imágenes de los dos primeros son todas de pasta, antiguas y de poco mérito.

La *Oracion del Huerto*, situada en su capilla propia en la iglesia de Monte-Sion, tiene dos pasos, el primero muy notable; en él, sobre peana tallada de gran trabajo y buen gusto, está figurado el Huerto, donde se ve al Redentor arrodillado y orando; un ángel desciende sobre una palmera con un cáliz en una mano y una cruz en la otra, y al pié de un arco que figura la entrada del Huerto, se ven dormidos los apóstoles Juan y Santiago, bellísimas imágenes debidas al escultor sevillano Pedro Roldan, que hizo tambien la de San Pedro, que ha desaparecido; pero la más notable de todas es la del Salvador, por la expresion de inefable dulzura que hay en su semblante. La del ángel es muy bella tambien, pero no es de Roldan, y áun se ignora quién la hizo. El otro paso, con peana igual al anterior, sirve para conducir á Nuestra Señora del Rosario, obra de más que mediana escultura.

Otra hermandad existe tambien en la parroquia de Santa Lucía, titulada la *Prision de Cristo*, que áun cuando habia dejado de hacer su estacion muchos años, volvió á salir en el de 1840 con sus dos pasos, en el primero de los cuales va el Señor entre cuatro judíos armados, y el uno de ellos lleva una linterna para indicar que la prision se hizo de noche. Detrás de Jesús se ve á sus tres apóstoles predilectos, Pedro, Juan y Santiago, y en el último término va el traidor Judas, que lo habia vendido y entregado. En el segundo paso va la Virgen de Regla bajo un palio de terciopelo negro. Las imágenes de Jesús y la Virgen tienen algun mérito artístico, aunque muy escaso; las restantes están pésimamente ejecutadas. La cofradía de que acabamos de hablar perteneció en su orígen y fué por largo tiempo sostenida y fomentada por el gremio de panaderos.

La del *Santo Cristo del Silencio*, situada en la parroquia de San Juan Bautista, debió su fundacion al gremio de hortelanos, y lleva dos pasos en su procesion; en el primero, cuya peana forma un cuerpo de arquitectura muy original con varios intercolumnios y portadillas, en las cuales hay cuatro relieves con pasajes de la pasion del Señor, y algunos profetas del Antiguo Testamento, pintados al óleo en los intercolumnios, representa el tribunal de Herodes; el rey está sentado en su trono, que se eleva sobre algunas gradas y está cubierto por un elegante dosel de damasco carmesí, terminado en una corona real, de la cual penden pabellones de seda blancos con flecos y cordones de oro. Al lado del rey, cuyo traje es de una rica tela, bordada tambien de oro, se ven los *haces* consulares, y al pié del trono están dos fariseos como acusadores de Jesús: más adelante están cuatro judíos armados, retirando al Señor, que lleva la túnica blanca, que por desprecio le mandó poner Herodes. La figura de Jesús es obra de Pedro Roldan, y dos de los judíos lo son de Benito Ita del Castillo. La imágen de la Virgen que va en el segundo paso, es tambien del mismo Roldan; pero la que más llama la atencion, tanto de nacionales como de extranjeros, es la del San Juan Evangelista que la acompaña, obra maestra del escultor ya nombrado Benito Ita del Castillo, ejecutada por él en Sevilla, su pueblo natal, por los años de 1760, obra que por sí sola ha bastado para crearle una reputacion artística europea, por las muchas copias que de ella se han sacado para distintas naciones. Las demás imágenes ó figuras de ambos pasos, áun sin hallarse colocadas al lado de obras tan perfectas, no merecerian citarse por su escaso mérito.

La del *Santo Cristo de la Columna*, fundada por los cigarreros, y que en este siglo no ha hecho su estacion más que tres veces, tenia tres pasos: uno en el cual iba Jesús amarrado á una columna, y dos judíos en actitud de azotarle; otro, últimamente suprimido, en el que el mismo Señor volvia á ponerse la túnica despues de haber recibido los azotes; y el tercero, en que iba la Virgen de las Victorias. Todas las imágenes de esta cofradía son de escasísimo mérito, si alguno tienen, excepto la de la Virgen, atribuida por algunos al escultor Montañes, y que otros, con más fundamento, la creen obra de alguno de sus más aventajados discípulos.

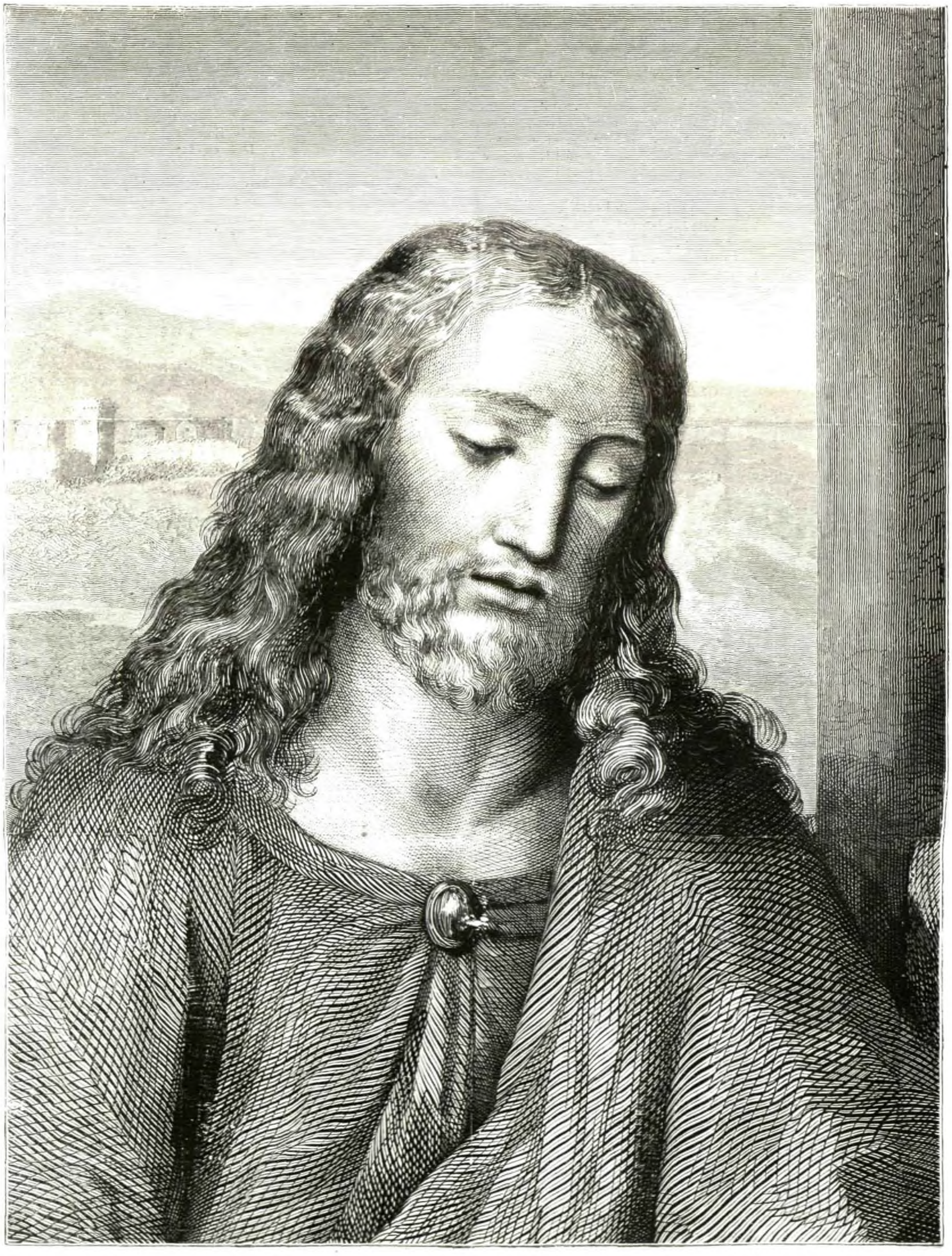
La *Coronacion de Cristo*, que es otra de las más antiguas, y que hizo su última estacion en el año de 1833 desde la parroquia de San Andrés, donde últimamente subsiste, llevaba tambien tres pasos: en el primero iba el Señor sentado sobre una peña, con la clámide ó muceta que por burla le pusieron, y la caña que le obligaron á empuñar á guisa de cetro; dos judíos le clavan la corona de espinas, y otros están en actitud de escarnecerle. En el segundo paso, que figura el encuentro de Jesús con la mujer Verónica, está aquél cargado con la cruz y ayudado por Simon Cirineo, y ésta arrodillada delante del Salvador con el lienzo de haberle limpiado el rostro. En los cuatro ángulos del paso hay otros tantos ángeles jóvenes muy bellos, y alrededor de las figuras principales se ven algunos judíos, varias mujeres de Jerusalen, los dos ladrones y otros dos ángeles con faroles en las manos. En el tercero y último paso va la Virgen acompañada de San Juan Evangelista y de la Magdalena.

Las esculturas en general son muy defectuosas; sólo la Virgen, que es de Montañés, aunque no de sus mejores tiempos, y el Jesús, que aunque antiguo no está muy mal ejecutado, son las que merecen citarse. Las peanas de los tres pasos llaman la atencion de los inteligentes por su gran trabajo y buen gusto artístico.

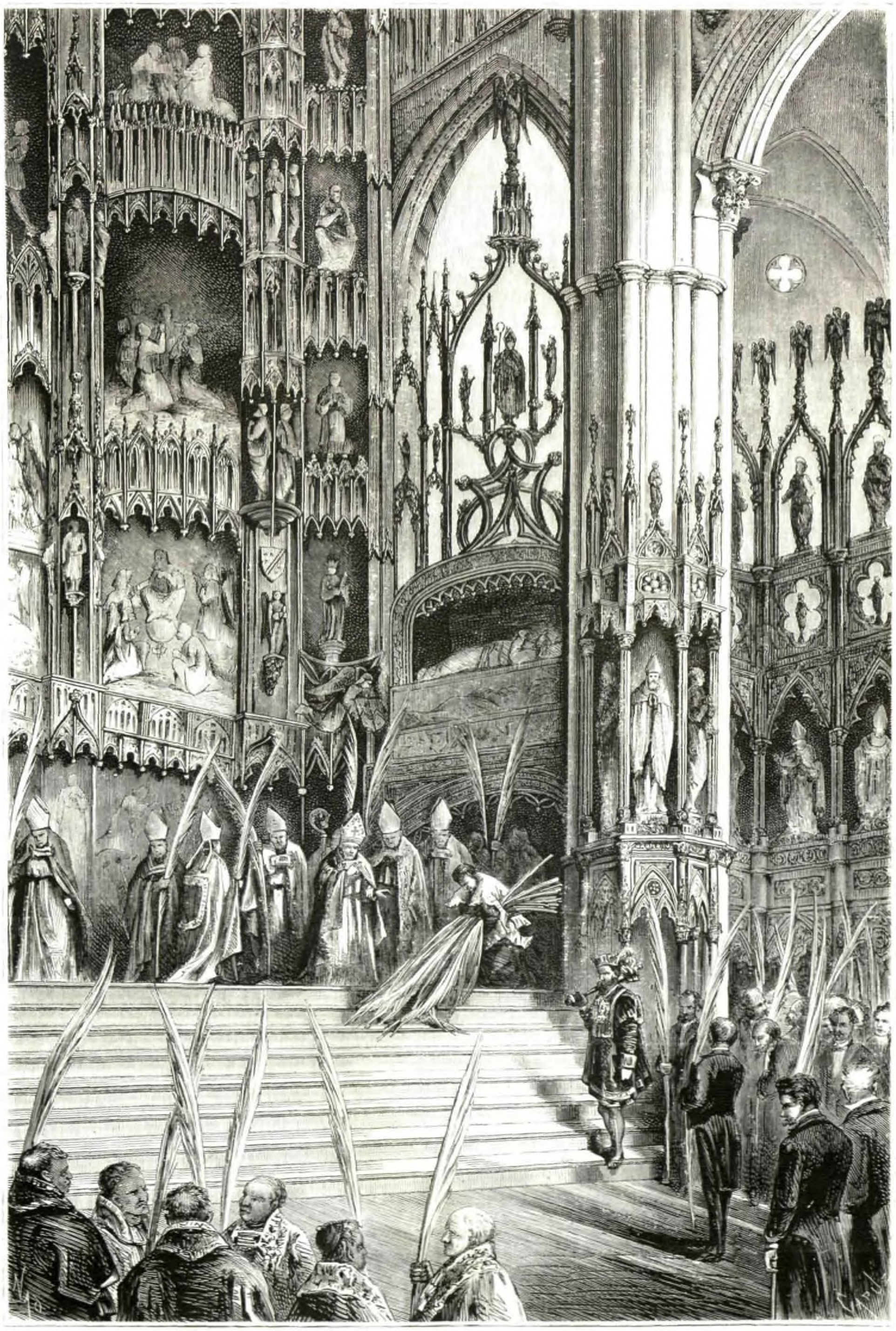
La *Sentencia de Cristo*, que es una de las más constantes en hacer su estacion, y que sale de la parroquia de San Gil el Viernes Santo de madrugada, es tan antigua, que su orígen se pierde en la noche de los tiempos. En el primer paso de los que lleva, se figura el tribunal de Poncio Pilatos; éste va sentado bajo dosel, presidiendo á seis ministros que ocupan sendos sillones; en el medio está Jesús maniatado y entre dos judíos que le tenian preso, y á los lados del trono del presidente se ven dos criados, el uno con palangana y el otro con jarro y toalla, para que Pilatos lave sus manos despues de pronunciar la sentencia. En el segundo paso va Nuestra Señora de la Esperanza, bellísima escultura de Pedro Roldan, de quien es tambien el Jesús que va en el primero. Las demás son obras de mediana ejecucion y de autores desconocidos.

Esta cofradía conserva aún una costumbre muy original, que tuvieron tambien algunas otras, y que se llama la *humillacion*. Redúcese esta singular ceremonia á salir con los pasos fuera de la ciudad, al concluirse la estacion, y colocarlos á cierta distancia, uno frente del otro, hasta que, á una señal, vienen á encontrarse en el centro del espacio que los separa, inclinando las imágenes unas á otras, para que hagan (así dicen) la cortesía; ejecutada ésta, los conducen juntos al templo, entre los vivas y aclamaciones de la muchedumbre.

La de *Jesús Nazareno*, situada en la iglesia de San Antonio Abad, es la más renombrada de todas y la primera que llevó penitentes con la túnica, que despues se ha generalizado, y que ha dado á éstos impropiamente el nombre de nazarenos con que hoy se les designa en virtud de su traje. En un principio, los penitentes de esta hermandad llevaban la túnica morada, ceñida á la cintura por una soga para imitar en algo á Jesús; sus rostros iban cubiertos por largas y espesas cabelleras, que les caian sobre el pecho y la espalda, y éstas fueron más tarde sustituidas por el capirote ó gorro cónico con antifaz que en el dia llevan. Las colas ó faldas muy prolongadas de dichas túnicas tuvieron tambien su orígen en esta hermandad, que las llevaba en toda la estacion, tendidas por el suelo, en señal de dolor y luto, así como las bocinas ó trompetas roncas con las cuales daban la señal de andar ó de detenerse. Esta cofradía, que segun el abad Gordillo se creó en el año de 1500, hace su estacion en la madrugada del Viernes Santo; tiene entre otras preciosidades una grande y magnífica cruz enchapada de concha ó carey y plata, que es la que lleva Jesús sobre los hombros. Los dos pasos que saca en procesion son bastante notables por su riqueza y buen gusto: en el primero, y sobre una especie de montecillo, va colocado el Señor, llevando en el hombro derecho la hermosísima cruz ya mencionada, como en lo antiguo se solia colocar á estas imágenes. Á los lados



JESÚS NAZARENO, COPIA DEL CUADRO DE LEONARDO DE VINCI, EXISTENTE EN MILAN.



SEMANA SANTA.—BENDICION Y PROCESION DE LAS PALMAS, EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.

del Redentor van dos ángeles mancebos de muy buena escultura, y otros cuatro en los ángulos del paso, siendo de plata los de la parte anterior, así como los faroles que todos ellos sostienen. En el segundo paso, sobre peana tambien de plata, así como las varas que sostienen el palio, que es de terciopelo morado con flecos de oro, va la Santísima Vírgen adornada con reliquias y joyas de inestimable precio, que así para ésta, como para otras imágenes, ofrecen á porfía las devotas y opulentas damas de la ciudad. En cuanto al mérito artístico de las esculturas, sólo diremos que la del Señor, aunque del siglo XIII ó principios del XIV, no está mal ejecutada, y que la Vírgen y el San Juan que la va acompañando, son obras modernas del acreditado escultor andaluz don Cristóbal Ramos.

Otra cofradía existe tambien en la parroquia de San Miguel, con el título de *Nuestro Padre Jesús de la Pasion y María Santísima de la Merced*, fundada en el año de 1531 por tres vecinos de Valladolid, que pasaron á aquella ciudad con este único y piadoso objeto. La hermandad á que nos referimos ha estado en distintas épocas y por largos períodos sin dar señales de vida, hasta que al fin en estos últimos años ha logrado reanimarse, y hoy hace su estacion con todo el brillo y solemnidad que las que cuentan un crecido número de años de existencia no interrumpida. Sus pasos son dos: en el primero va Jesús con la cruz al hombro, ayudado del Cirineo; y en el segundo, la Vírgen, cuya advocacion va al principio indicado. La imágen del Salvador es una de las obras más notables del célebre Montañés; la de la Vírgen fué ejecutada por el escultor Cornejo, y no es una de las más defectuosas. La figura del Cirineo que acompaña á Jesús, está compuesta de una cabeza hecha por Montañés con objeto distinto, y el resto es de autor ignorado, por lo cual carece de expresion natural y propia.

La de *Nuestro Padre Jesús del Gran Poder*, situada en la parroquia de San Lorenzo, fué fundada á principios del siglo XVI, y los ruidosos pleitos que sostuvo con la de Jesús Nazareno, sobre la hora de su salida, á fines del siglo pasado, originaron en la poblacion muy serios tumultos, que produjeron la extincion de ambas por órden del Consejo de Castilla, lo cual no se llevó definitivamente á cabo por haber mediado entre ellas un arreglo amistoso. Lleva dos pasos en su procesion: en el primero va Jesús con la cruz al hombro, y en el segundo la Vírgen con San Juan Evangelista. El Señor es obra de Montañés, y no carece de mérito; las dos figuras restantes se atribuyen al mismo autor, mas hay para dudarlo el gran motivo de su mal desempeño.

En la parroquia de San Estéban hay otra hermandad de creacion reciente, pues sólo se remonta á mediados del siglo anterior, y se titula de *Nuestro Padre Jesús de la Salud*: ha hecho estacion muy pocas veces, y la mayor parte de sus cofrades son gitanos ó castellanos nuevos. En los dos pasos que posee hay un Cristo de Montañés, y una Vírgen y un San Juan de autor desconocido.

La de *Nuestro Padre Jesús de las Tres caidas*, que sale de la parroquia de San Isidoro, es de las más antiguas y muy constante en hacer su estacion; perteneció al gremio de cocheros, y tiene dos pasos, entre los cuales no hay más escultura notable que la de un Cirineo, ejecutado por el artista sevillano Bernardo de Guijon.

La del *Santo Cristo de la Exaltacion*, establecida desde su remoto origen en la parroquia de Santa Catalina, dió lugar á un hecho muy notable en el año de 1751, hecho que refiere la crónica del modo siguiente:

El arzobispo de Trajanópolis, don Francisco de Solís, coadministrador de este arzobispado, *simul* con el serenísimo señor infante don Luis de Borbon, notificó á esta y á todas las cofradías que salieron aquel año, que al salir de la catedral lo hicieran por el arquillo de Santa Marta, y no por la puerta de los Palos, segun la costumbre; porque su excelencia estaba en el balcon principal de su palacio, para verlas pasar. Además puso un notario eclesiástico en la puerta de dicha santa iglesia, que, al salir las cofradías, volvia á recordarles el mandato. Todas obedecieron, hasta llegar á esta que nos ocupa.

Para entender mejor la cuestion advertiremos, que en aquel tiempo, delante del palacio arzobispal, habia muchas oficinas y patios de la catedral, las cuales tenian dos grandes puertas de arcos; la una, llamada de los Palos, porque su reja era de madera, estaba junto á la torre mirando á la calle de Placentines, que era por la que salian las cofradías; y la otra, llamada el Arquillo de Santa Marta, que estaba frente á la calle de la Borceguinería, por el cual mandaba el arzobispo que salieran las procesiones este año. Al salir, pues, esta de Santa Catalina, se le recordó el mandato; mas como viese el notario que no obedecia, y que salia por la puerta de los Palos, dió cuenta al arzobispo, el cual volvió á insistir en su empeño, mandándolo de nuevo, bajo cierta multa; mas viendo que ni áun así lograba que la cofradía obedeciese, fulminó una excomunion contra su hermano mayor, que lo era el señor don Antonio de Sandoval, conde de Mejorada. Dicho señor, inmediatamente que le notificaron esta providencia, hizo parar la cofradía, quedando el paso del Señor junto á la puerta del costado del palacio arzobispal, y el de la Vírgen entre las puertas de la catedral y de los Palos, y acudió en recurso de fuerza á la Real Audiencia, que inmediatamente se reunió al efecto. Fueron varios y tenaces los lances y providencias que ocurrieron entre ambos tribunales, declarando el de la Audiencia que el Eclesiástico hacia fuerza, y mandando que alzase la excomunion y el mandato, á lo cual se negaba el señor arzobispo, estrechando á la cofradía que obedeciese, hasta que llegó el caso de que la Audiencia decretase el extrañamiento del prelado, mandándole salir del arzobispado inmediatamente. Entónces se allanó, y obedeciendo al tribunal superior, alzó las censuras, siendo más de las diez y media de la noche, á cuya hora siguió la cofradía por su estacion acostumbrada, hasta llegar á su capilla.

Sucedió entre tanto que á la cofradía del *Santo Cristo de la Fundacion*, que venia detrás de la que referimos y que pertenece á los negros, le notificó el arzobispo que no se detuviese, que pasase delante de la de la competencia. La cofradía de los negros, que estaba esperando dentro de la catedral, respondió por medio de su presidente que no se moveria, y que por donde fueran los blancos irian los negros. El cabildo eclesiástico, viendo la detencion de las cofradías en su iglesia, mandó iluminarla, y no se cerró hasta que se terminó todo y siguieron las procesiones su estacion. La cofradía de que venimos hablando desde un principio lleva dos pasos: el primero tiene una peana de bastante ensamblaje y ejecucion; en las cuatro esquinas forma cuatro templetes ó capillitas con sus cúpulas ó medias naranjas; en su frente, espalda y costados, tiene repartidas entre sus cuadros divisorios con portaditas y columnas ocho tarjetas redondas con relieves, que representan pasajes de la pasion del Señor: la que está al frente figura el mismo misterio de la Exaltacion de la Cruz, que va en el paso, y en ella hay dos figuras á caballo como las que van sobre la peana, por lo que á este paso le llaman vulgarmente el de los cuatro caballos. Sobre la peana se ven once figuras, dos á caballo, todas de tamaño natural, en diferentes actitudes muy propias y expresivas. Para levantar al Señor en la cruz hay dos que tiran con cuerdas de los brazos de la misma; otro está agobiado debajo de ésta, haciendo fuerzas con la espalda; otro con una escalera de mano va sosteniendo el peso, y otro guia el asta de la cruz para que éntre en el hoyo preparado. Hay tambien dos jefes, tribunos ó ministros de justicia á caballo presenciando el acto. Ultimamente están los ladrones desnudos y amarradas las manos, con otros judíos, sin que entre tantas figuras se confundan unas con otras ni oculten al Señor, protagonista del cuadro y objeto principal de la adoracion de los fieles. Tal es la buena disposicion y el estudio que hizo el autor de este paso. Todas las figuras son de madera y se atribuyen á Roldan; pero aunque no son de mala escultura, no son tampoco sobresalientes. Es uno de los mejores y mayores pasos que tiene esta ciudad. El otro es el en que va la Vírgen con San Juan y la Magdalena, sobre peana forrada de terciopelo carmesí con labores y molduras talladas y doradas, y debajo de palio de terciopelo que sostienen diez varas de plata.

La del *Santo Cristo de la Conversion del Buen Ladron y Nuestra Señora de Monserrate*, situada en su capilla en el Compás de San Pablo, es una de las más antiguas, segun asegura la tradicion: estuvo olvidada completamente muy cerca de un siglo, y por último la resucitaron en 1850, desde cuyo año no ha dejado de hacer estacion en cada Viernes Santo con una ostentacion y un lujo verdaderamente asombrosos, usando en todas sus insignias, y hasta en las túnicas de sus cofrades, el color azul celeste en honor de la inmaculada Concepcion de la Vírgen. Habiendo estado incorporada esta hermandad á las Órdenes militares de Calatrava y Alcántara en época remota, ostenta todavía sus cruces en varias de sus insignias.

Antiguamente solia llevar tres pasos, en el primero de los cuales iba una imágen de San Vicente Ferrer en actitud de disciplinarse; pero hoy sólo lleva dos, de los cuales en el primero, sobre un montecillo, va el Señor enclavado en la cruz entre los dos ladrones, y tiene á sus piés á la Magdalena arrodillada. En el segundo paso va la Vírgen de Monserrate, bajo palio de terciopelo azul, bordado de plata. Las imágenes del Señor y la Vírgen son obras admirables de Montañés, sobre todo el Cristo, de quien dice Palomino en la *Vida de los escultores*, que está ejecutado con tanta perfeccion, que parece que se van á escuchar sus palabras. Los ladrones son de ménos mérito, y se cree que han de ser de otro autor distinto, así como la Magdalena.

La del *Santo Cristo de la Espiracion y María Santísima de las Aguas*, sita en su capilla junto á la Merced, fué fundada, segun parece, por el gremio de plateros, los cuales en el año de 1580 hicieron venir de Córdoba al capitan Cepeda, escultor célebre, que se habia perfeccionado en Italia, y le encargaron que hiciese una imágen de Jesucristo en el acto de espirar, cuya imágen habia de ser de pasta, y los moldes se habian de romper y arrojar al rio, para que no se pudiese hacer otra igual; condiciones que fueron puntualmente cumplidas, dando por resultado la imágen del Señor, que hoy lleva la hermandad en sus procesiones, y que en el mismo paso va acompañada de los cuatro Evangelistas. La Vírgen, que va en el segundo paso, y que se cree ser del escultor don Cristóbal Ramos, no es cosa notable; tampoco lo son los Evangelistas, debidos al cincel de Francisco Ruiz Fuijon.

De la del *Santo Cristo de la Lanzada*, situada en la iglesia del Santo Ángel, sólo diremos que ha vuelto á renacer, despues de olvidada, en estos últimos años, y que lleva todavía algunas imágenes, que han pertenecido ó pertenecen á otras corporaciones de la misma índole, que hoy se hallan en decadencia. En el primero de sus dos pasos lleva á Jesús crucificado; delante del Señor está Longinos á caballo y con la lanza, y hay tambien junto á él un judío que tiene las riendas. A los lados se ve á San Juan y á las tres Marías. En el segundo paso va Nuestra Señora del Buen Fin. El San Juan es de Roldan, y tiene una cabeza magnífica; las Marías son de Ramos, y obras de poco mérito.

La cofradía del *Santo Cristo de la Fundacion y María Santísima de los Ángeles*, situada en su capilla propia, en el barrio de San Roque, extramuros de la ciudad, debió su origen á la multitud de esclavos negros que en ella habia, á fines del siglo XIV ó principios del XV, y más adelante se fomentó en gran manera, protegida por los caballeros maestrantes, hasta que, á fines del siglo pasado, llegó casi á extinguirse. Reanimada despues en estos últimos años, ha vuelto á hacer su estacion con dos pasos, en uno de los cuales va el Señor enclavado en la cruz, y en el otro la Vírgen, bajo un palio de terciopelo negro. Ambas imágenes son muy antiguas, de escaso mérito y de autor ignorado.

La del *Santo Cristo de la Salud y María Santísima del Refugio*, situada, extramuros tambien, en la parroquia de San Bernardo, es muy moderna y ha hecho estacion muy pocas veces. En sus dos pasos tiene un Crucifijo, una Vírgen y un San Juan Evan-

gelista; la primera de estas imágenes es de Roldan y está muy bien ejecutada; no así las otras, cuyo autor es completamente desconocido.

La del *Santo Cristo de la Veracruz*, situada en la iglesia de San Alberto, hace más de veinte años que no sale á hacer estacion. Sus dos pasos no tienen nada de notables; el Cristo que va en el primero es de una antigüedad muy remota, y de algo menor tamaño que el natural; la Virgen, que va en el segundo paso y que se titula de las Tristezas, es de época más reciente y mejor escultura; pero los autores de una y de otra son completamente ignorados.

El gremio de toneleros sostiene otra de estas hermandades, establecida en su capilla especial, situada en el arrabal llamado la Carretería; titúlase esta hermandad del *Santo Cristo de la Salud y Tres Necesidades de María Santísima*; es una de las que hacen su estacion con más frecuencia, y tiene sólo un paso, renovado en 1844, con las figuras siguientes: el Señor y los dos ladrones crucificados; delante la Santísima Virgen, el evangelista San Juan y las tres Marías; al lado de la cruz los santos varones con las escaleras en la mano para bajar al Señor; en medio del paso se hallan el sepulcro y la sábana santa. Todas estas imágenes están hechas con bastante perfeccion, y por su estilo se cree que sean de Pedro Roldan.

La que lleva el título de *El Descendimiento de la Cruz y Quinta Angustia de Nuestra Señora*, cofradía situada en la iglesia de San Pablo, hoy parroquia de la Magdalena, es una de las más notables de la ciudad, así por la riqueza y buen gusto en el adorno de sus pasos é imágenes, como por el brillo y ostentacion con que se presenta, desde que una juventud numerosa y escogida de la poblacion la tomó á su cargo. Esta procesion lleva un paso bastante notable, que figura el acto del Descendimiento que hacen los santos Varones del Sagrado cuerpo de Jesús, el cual es recibido por la Virgen, San Juan y dos de las tres Marías, mientras la tercera está arrodillada á corta distancia y en una actitud dolorosa. Las imágenes todas son tambien de Roldan y de sus mejores tiempos, distinguiéndose principalmente por su mucha expresion y correcto dibujo.

La que sale de la parroquia de Santa Marina, y lleva el título de *Sagrada Mortaja de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de la Piedad*, es otra de las más antiguas, aunque á punto fijo se ignora la fecha de su fundacion. En el paso único que lleva, notable por más de un concepto, van las mismas figuras nombradas en la anterior cofradía, y ejecutadas por el mismo autor; pero la actitud de todas ellas es diferente, por cuanto la Virgen está sentada al pié de la Cruz, teniendo en sus brazos el cuerpo de su Hijo, y los demás personajes están arrodillados á su alrededor, como preparándose á envolver el sagrado cadáver en su mortaja.

La del *Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y María Santísima de Villaviciosa*, situada en la iglesia de San Francisco de Paula, es sin duda alguna la más notable de todas las cofradías de Sevilla. En el año de 1729 ya se verificaba esta procesion con su aparato majestuoso; y, entre otras cosas, dice un cuaderno impreso en aquella época, que, hallándose en la ciudad el rey Felipe V, hizo aquella su estacion en la forma siguiente:

«Delante iba el muñidor con su ropon de damasco morado, escudo de plata al pecho, y tocando la gran campanilla de plata, y á su lado dos nazarenos con bocinas y banderillas de tafetan negro. Seguian cuatro diputados con varas, y despues veinticuatro niños de la Doctrina con cirios amarillos. Despues iban veinticuatro hermanos con traje sério, ó casaca negra, con hachas amarillas, y el estandarte verde de damasco con cruz blanca de lo mismo, con vara y cruz de plata.

Este era el estandarte de Villaviciosa, primera insignia que tuvo esta cofradía.

Proseguian cincuenta hermanos con el mismo traje militar de sério, con hachas amarillas y la manguilla de terciopelo negro, casi cubierta de escudos y adornos de plata de martillo, y de lo mismo eran la vara y la cruz. Despues treinta hermanos como los anteriores y el estandarte negro con cruz roja, todo de raso liso, vara y cruz de plata. A continuacion iban veinte hermanos como los referidos, con hachas amarillas, y muchos ministriles tocando canciones fúnebres; dos eclesiásticos con dalmáticas é incensario, dos nazarenos con bocinas, y el paso de la Santa Cruz, lo mismo que va en el dia. Seguian sesenta hermanos con hachas blancas, con el traje que los anteriores, dos nazarenos con bocinas y dos diputados. Seguia la compañía llamada de Banderas con su capitan armado de armas blancas, y treinta y seis soldados, todos con banderas, arrastrando mantos capitulares de tafetan negro, todos con coletos largos, cabos negros y botines blancos. Los cabos iban armados como el capitan. Seguian otros veinte hermanos con luces, y despues otra compañía de armados con el mismo traje, pero sin mantos ni banderas, sino picas arrastrando, y así en esta como en la anterior, llevaban bandera negra con cruz roja, pífanos y cajas enlutadas y destempladas.

Iba despues la mujer Verónica, vestida al intento, y con una bandera en que estaba pintado un pelicano y unos motes. Seguian despues las doce Sibilas con los mismos atributos y motes que ahora llevan, pero vestidas de otro modo más rico, y ese año fué la primera vez que salieron en esta cofradía. Despues iba una compañía de cuarenta y seis niños soldados, con su paje de gineta, capitan, alférez con bandera negra, cuatro granaderos con escopetas, un chico con clarin en sordina, dos con cajas enlutadas, pífanos con libreas negras, franjeadas de plata, y la compañía vestida con coleto largo, bandas, corbatines negros, morriones guarnecidos y alhajados, y botines blancos. Seguian treinta hermanos con luces como los demás, y continuaba una compañía de cincuenta y dos niños con su paje de gineta, todos vestidos de ángeles, divididos en siete cuadrillas de á siete cada una, capitaneados por uno de los principales ángeles, y en el centro un alférez con bandera negra y cruz roja, y á los lados dos niños con cajas destempladas y un pífano. Cada cuadrilla iba vestida de diferentes colores y de ricos tisúes, y arrastrando picas. Iban aquí cinco diputados de gobierno.

Despues seguian cuatro niños pequeños de cinco años, representando los cuatro doctores de la Iglesia. Seguidamente iban las tres comunidades de religiosos mercenarios, la Merced, San Laureano y San José, con estolas negras y velas encendidas, en número de más de ciento cincuenta. Seguian las cruces parroquiales y una parte del clero parroquial, y otros doce eclesiásticas con sobrepellices y cirios. Seguia la música de voces é instrumentos, y ocho eclesiásticos con dalmáticas, que llevaban ciriales é incensarios; inmediatamente iba el paso del Sepulcro, rodeado de sacerdotes con casullas negras, y en las cuatro esquinas cuatro reyes de armas. Este paso era de carey, cristales y plata, con tarjetas de misterios de la pasion, y con cuatro faroles y seis blandones de plata. Seguia el palio de terciopelo negro, cuyas varas llevaban sacerdotes con capas pluviales negras.

Seguidamente iba la compañía de inválidos del ejército con uniforme nuevo, caja destemplada, pífanos y bandera negra con cruz roja, todos con fusiles y luces. Continuaban ciento cincuenta hermanos con luces, en el mismo traje que los antecedentes, dos clarines roncos, tres diputados, y el sinpecado de terciopelo negro con letras, escudos de guarnicion, vara y cruz de plata de martillo. Seguia otra música numerosa de instrumentos y voces, doce hermanos con cirios de á seis libras, y el paso de la Virgen en su sitial, San Juan, las Marías y los santos Varones. A su frente el señor Asistente conde de Ripalda, nombrado por el rey para sustituirle, su teniente primero y el diputado mayor de la hermandad. Detrás el clero de San Vicente y juzgado del señor Asistente, presidido por el teniente segundo.»

Desde esta época hasta el año de 1850 sufrió diferentes modificaciones, é hizo su estacion con intervalo de algunos años; pero en este último lo efectuó de una manera especial y verdaderamente asombrosa, por cuanto todas las demás cofradías se convinieron á formar con ella una sola procesion, llevando sus mejores pasos, por el mismo órden que se habian verificado los sublimes misterios que en ellos se representan: de consiguiente, salió al público en la forma que pasamos á indicar:

«Daba principio la escolta de tropa de caballería, y los armados á caballo de la hermandad que vamos refiriendo. Seguia despues la cruz de esta misma hermandad, su cuerpo de hermanos nazarenos con cirios encarnados con su bandera, bocinas y canastillas, y el paso ó andas de la Santa Cruz; seguia inmediatamente la hermandad de la Oracion del Huerto con su paso é insignias, como se habia acordado; continuaba la del *Prendimiento*; le seguia la del Silencio con sus nazarenos con túnicas blancas; iba despues la del Señor de la Pasion; en seguida la de la Cena, con el paso del Señor de la Humildad y Paciencia; despues la de la Exaltacion del Señor en la cruz; y continuaba la de la Espiracion, con cera morada. Seguidamente iba la de las tres Necesidades, y en pos de ella la del Descendimiento de la Cruz, y últimamente la de la Sagrada Mortaja, con cera amarilla. Continuaban despues las cruces parroquiales, y todo lo demás con el mismo órden que va referido en esta del Santo Entierro. La reunion de los mayores y mejores pasos de esta ciudad; la concurrencia de tanto número de hermanos, y diversidad de colores de la cera y nazarenos, dieron esta vez á esta cofradía un aspecto tan grandioso y tan nuevo que no es fácil describir.»

Desde que esta hermandad fué instituida, ha llevado siempre tres pasos, en el primero de los cuales, que es una especie de alegoría, hay un monte, y sobre él se levanta la cruz con dos escaleras apoyadas en sus brazos, y tiene al pié la figura de la Muerte, representada por un esqueleto humano, sentada sobre el Mundo, con su guadaña en la mano izquierda y en la derecha apoyada la mejilla. De los brazos de la cruz pende una faja negra que cae sobre la muerte, y tiene esta inscripcion en letras doradas: *Mors mortem superavit*. El Mundo tiene enroscada la serpiente que engañó á Eva. En los cuatro ángulos del paso van otros tantos mecheros con cirios. El esqueleto que representa la Muerte, es el primitivo que poseyó la hermandad; se ha conservado en ella por ser obra de mérito, y últimamente ha sido restaurado por el escultor D. Juan de Astorga. En el segundo paso va la urna que encierra el Sagrado cuerpo del Redentor, y todos los accesorios son de mucha elegancia y riqueza. La figura del Señor, que es de bastante mérito artístico, se atribuye á Montañés. En el tercer paso, y bajo un gran dosel de terciopelo negro, con su pabellon con flecos y borlas de oro, terminado en una corona, va la Santísima Virgen, y á su lado San Juan, los santos Varones y las tres Marías. De todas estas imágenes, la única que se conserva de la antigüedad, es la de la Virgen; las restantes son del mismo Astorga.

Esta cofradía, que hace siempre su estacion dejando pasar un intervalo de algunos años, llama tanto la atencion en toda la comarca, y hace acudir á Sevilla un número tan inmenso de curiosos de todos los pueblos circunvecinos, que vienen á admirar la religiosa fiesta á veces hasta pueblos enteros, sin dejar en sus hogares sino aquellas personas que por graves impedimentos no pueden participar de la devota romería.

En estos últimos años se ha establecido otra hermandad en la iglesia de San Buenaventura, titulada de *La Cruz en el Calvario y María Santísima de la Soledad*. Su único paso, construido por el escultor don Gabriel Astorga, es de forma elegante y sencilla, y sólo contiene una cruz, al pié de la cual está la Virgen arrodillada.

La del *Santo Sudario*, situada en la iglesia de San Antonio de Pádua, que hizo su última estacion en el año de 1821, no existe ya, ni queda de ella otro recuerdo que un cuadro trasparente que sacan en procesion algunas veces, y que representa por una de sus caras el cadáver del Redentor, de tamaño natural, y visto de frente: mientras por la otra cara, ó sea el anverso, se ve la misma imágen de espaldas.

Además de estas, han existido tambien otras varias cofradías, que poco á poco se han ido extinguiendo, y

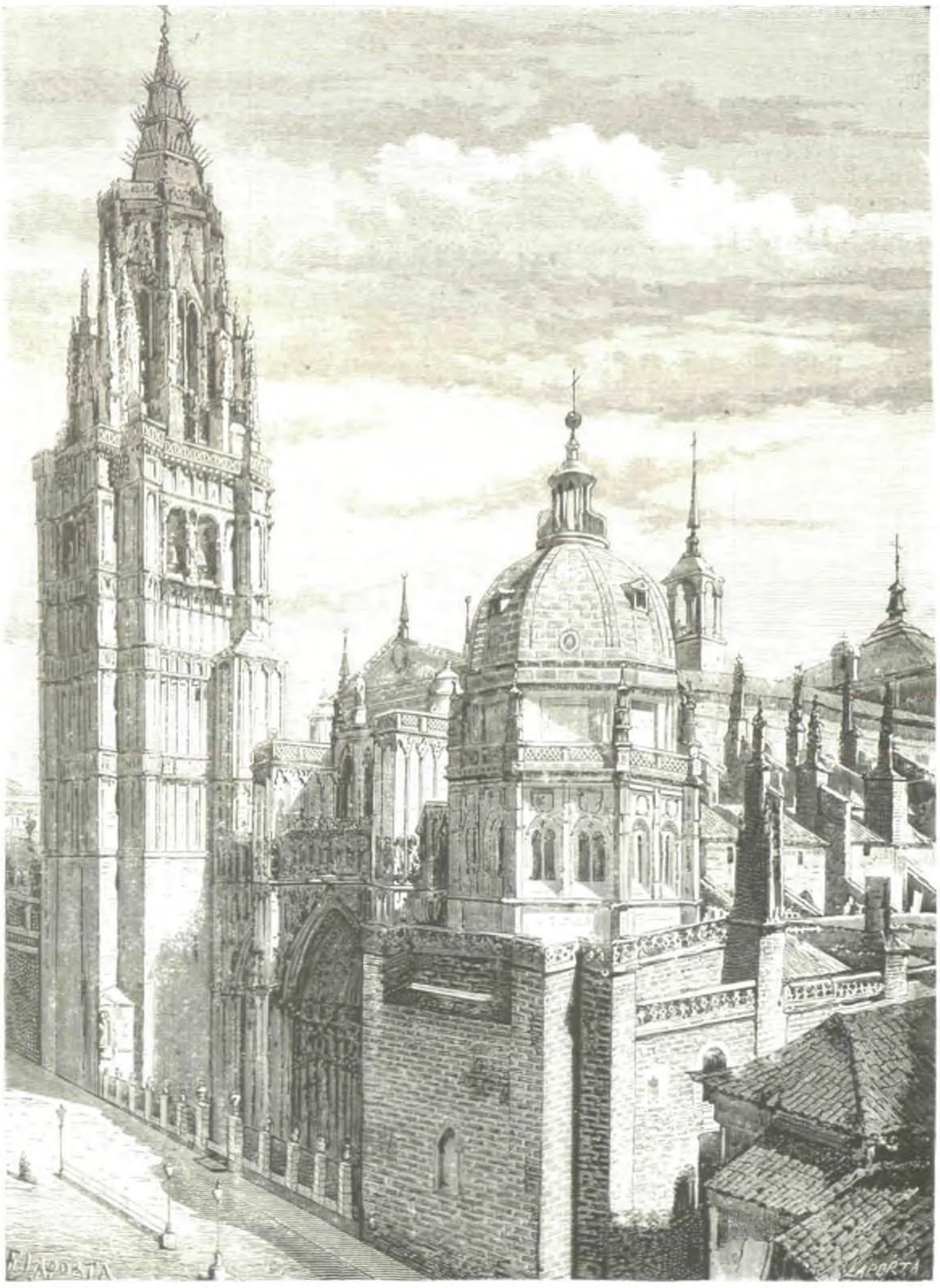
no las mencionamos, porque de ellas no existe ningun resto ni memoria notable.

Otra de las cosas que merecen una especial mencion en la Semana Santa de Sevilla, es el grandioso monumento que se coloca en la catedral el Jueves Santo.

Este monumento, segun don Juan Agustin Cean Bermudez, fué trazado por micer Antonio Florentin, el año de 1545, y acabado de construir en el de 1554. Está aislado y tiene cuatro fachadas iguales. La planta figura una cruz griega, y diez y seis columnas con su cornisamento se elevan sobre pedestales, y forman el primer cuerpo dórico. Dentro de él hay otro más rico de cuatro columnas menores: en su centro se coloca la célebre custodia de plata de Juan de Arfe, y en ella una de oro, en que se encierra la sagrada Hostia, urna que trabajó en Roma Luis Valadier, el año 1771, y costeó don Jerónimo Rosal, canónigo de esta santa iglesia. El segundo cuerpo es jónico, y tiene ocho columnas, con la estátua del Salvador en medio; otras ocho hay, sobre pedestales, mucho mayores que el natural, y representan á Abraham, Melquisedech, Moisés, Aaron, la Vida eterna, la Naturaleza humana, la Ley antigua y la Ley de gracia. Otras tantas columnas é igual número de estátuas contiene el tercero, que es corintio, y figuran á San Pedro llorando, Salomon, la reina Saba, el sacerdote del concilio, el sayon de la bofetada, el soldado que jugó la túnica del Señor, Abraham con el alfanje, Isaac con la leña del sacrificio, y en el centro está Cristo amarrado á la columna. Las de San Pedro y San Pablo están á los lados del cuarto cuerpo, que pertenece al órden compuesto en forma de linterna ochavada, con el crucifijo y los ladrones encima. Llega su altura hasta muy cerca de la bóveda; se ilumina con ciento veinte lámparas de plata y con cuatrocientos cuarenta y un cirios y velas de cera de varios tamaños, que pesan 123 arrobas y 7 libras, lo que causa un efecto verdaderamente maravilloso.

De algunos años á esta parte, contribuye á aumentar la concurrencia á estas fiestas religiosas la gran feria que se celebra en Sevilla en la misma época del año, desde el de 1847; la cual, por otro concepto, merece tambien muy especial mencion, y nos dará materia por otro curioso artículo, que ofrecemos á nuestros lectores.

José María Gutierrez de Alba.



ESPAÑA.—EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

UNA MESA PETITORIA EN JUEVES SANTO.

No hay para que explicar el grabado de la pág. 165: en la puerta de una iglesia, dos ó tres hermosas damas, sentadas delante de una mesa, cubierta con su correspondiente tapete de damasco—¡este detalle es de rigor!—mientras *pasan revista*, y bien minuciosa, á los devotos y devotas que *andan* las estaciones, godean con una monedita de oro—¡tambien esto es de rigor!—en una bandeja de plata, ó de cobre, ó de lo que fuere, y quizás exclaman de cuando en cuando, con voz argentina y zalamera:

—¡Para los niños de la Inclusa!...

Ya se ve: si la marquesa de X *pide* en Calatravas, por ejemplo, fuerza será que el duque de Z *ande* la estacion de Calatravas, y rinda culto obsequioso... á la mesa petitoria.

Y fuerza será; porque el tal duque es *pollo* de rumbo y elegante, y tiene su puntillo de honra en eso de *quedar bien*, y dos ó tres dias ántes, en la reunion del conde de Y. ó en el paseo de la Castellana, ó en cualquiera otra parte de la coronada villa, se representó la siguiente escena:

—¿Duque?

—A la órden de usted, marquesa.

—El Jueves Santo *pediré* en Calatravas.

—¿A qué hora?

—A las cuatro en punto.

—No faltaré.

—¡Cuidado!

Y haciendo un mohin delicioso, se retiraria la dama *pedigüeña* en busca de otra víctima.

Pero la verdad es que la misma escena se repite, y no hay bolsillo de hombre, ya éste sea duque, ya simple redactor de La Ilustracion Española y Americana, que deje de sentir el vacío delante de una mesa petitoria.

Tal es la costumbre; y la costumbre, cuando la imponen unos labios de rosa y unos ojos azules ó negros, es ley.

¡Bendita costumbre, bendita ley de hermosas *pedigüeñas*, si con ella se enjugan las lágrimas de séres afligidos y se presta amparo á séres desamparados!

Pero vosotros, los que depositais un óbolo espléndido en la bandeja de la aristocrática dama, no os olvideis de la haraposa mendiga que dice con voz lastimera:

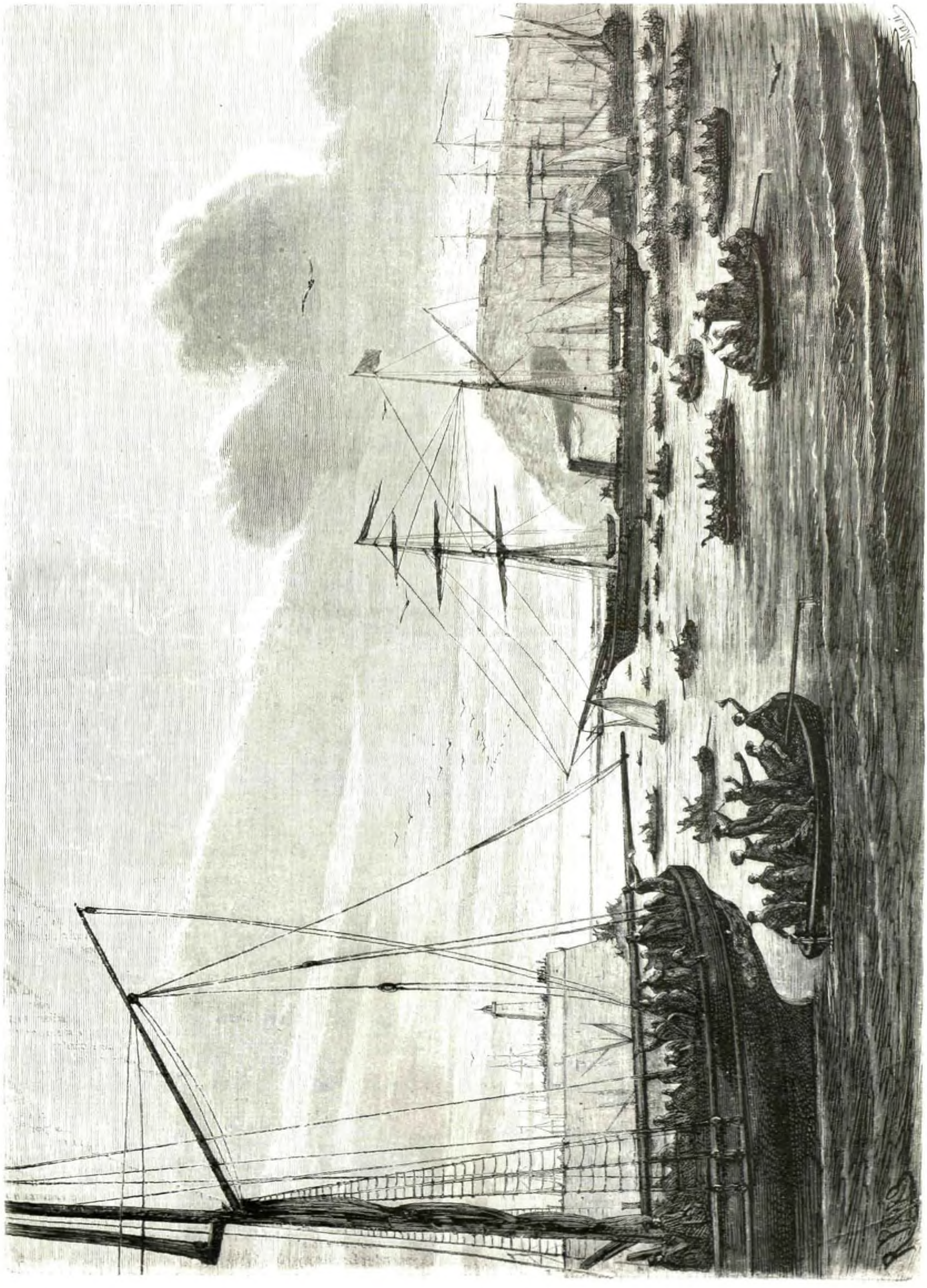
—¡Una limosna, por amor de Dios!...

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

Grandiosa es y opulenta la catedral de Toledo, fundada por Flavio Recaredo en el año 587 de la Era cristiana, convertida en mezquita por los árabes, consagrada nuevamente al culto católico por el arzobispo don Bernardo, durante el reinado de Alfonso VI, y reedificada por el magnánimo y santo rey don Fernando III, el conquistador de Córdoba y Sevilla, quien puso la primera piedra el dia 14 de Agosto de 1227.

En este suntuoso edificio, de gótica arquitectura y espaciosas naves, sostenidas por ochenta y cuatro columnas, se admiran ornatos delicados, bajo-relieves lindísimos, afiligranados follajes y menuda cresteria; esculturas incomparables de Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña; cuadros de Rubens, de Guido Reni, de Ticiano, de Greco; frescos de Lucas Jordan, de Bayen, de Maella; recuerdos gloriosos de Alfonso VI y Alfonso VII, de Sancho *el Bravo* y Alfonso VIII, de los Reyes Católicos y del cardenal Jimenez de Cisneros.

Sus capillas, sus sepulcros, sus estátuas, sus magníficos retablos, sus riquísimas alhajas, su biblioteca, sus antigüedades venerandas—exigen, para describir



BARCELONA.—SALIDA DEL DUQUE DE MONTPENSIER PARA LA ISLA DE MENORCA.

al cúmulo de bellezas, volúmenes enteros, y el ojo investigador de Parro, concienzudo cronista de este famoso templo, y la pluma elegante y discreta de Amador de los Rios, sabio arqueólogo que ha dedicado tantas vigilias al esclarecimiento de la historia de la imperial y artística Toledo.

Estas breves líneas,—motivadas por los dos grabados que publicamos en las págs. 165 y 169, alusivos á la iglesia primada de las Españas, y á las renombradas funciones de Semana Santa que en ella se celebran,—parécennos todavía como una usurpacion imperdonable.

Porque comprendemos que Ariosto escribiera debajo de las armas del héroe de Roncesvalles:

«..... nadie las mueva
que estar no pueda con Orlando á prueba!»

MADRID.—LLEGADA DE S. M. LA REINA.

A la una de la tarde del 19 de Marzo último, entró en la capital de la monarquía española S. M. la reina doña María Victoria, augusta esposa de Amadeo I.

Las tropas de la guarnicion y los batallones de Voluntarios cubrian la carrera, desde la estacion del Mediodía hasta el alcázar de la plaza de Oriente, y los habitantes de Madrid, deseosos de ver á la jóven princesa, paseaban desde bien temprano (gozando á la par de un hermoso dia de primavera) por las calles y paseos que habia de recorrer la comitiva régia.

Los balcones estaban adornados con vistosas colgaduras, y salieron de algunos, pertenecientes á edificios públicos, flores, palomas y poesías en honor de la reina.

SS. MM. entraron en carretela descubierta, cuyo puesto de honor ocupaba la augusta señora: al coche real precedian otros coches con los señores ministros y alta servidumbre de Palacio; á los estribos de aquél cabalgaban los generales duque de la Torre, presidente del Consejo, y Bassols, capitan general de Castilla la Nueva; y seguia inmediatamente detrás un brillantísimo acompañamiento de oficiales generales, y numerosa escolta de caballería del ejército y Voluntarios.

Dos dibujos—copia del natural por los artistas de La Ilustracion Española y Americana—recuerdan en este número la solemnidad dinástica del 19 de Marzo: el de la pág. 180 representa el paso de los reyes por debajo del arco de triunfo que la Tertulia Progresista habia mandado construir en las cercanías de la puerta de Atocha; y el de la página primera de este número, la entrada de la esposa de Amadeo I en el secular alcázar de Felipe V y de Cárlos III.

Nosotros, cronistas imparciales, que no examinamos los sucesos al través del oscuro prisma de la pasion política, creemos interpretar la opinion general afirmando que el honrado y caballeroso pueblo madrileño tributó á S. M. la reina doña María Victoria una acogida benévola y simpática.

GENERALES FRANCESES.

CLEMENT THOMAS.

Clama al cielo el asesinato de este austero republicano, y no se comprende que los rojos de Paris, ó el misterioso comité de la calle des Rosiers, ó los hombres que se escondian detrás de aquellos desconocidos verdugos, se hayan atrevido á derramar, al grito de *¡viva la república!*, la sangre generosa de M. Clement Thomas.

Conspirador republicano desde 1827, complicado más tarde en la desesperada intentona de Lunéville, comprendido en el famoso *proceso de Abril*, condenado á la deportacion, escapóse de Doullens en 1834, y logró reunirse en Inglaterra con sus amigos y compañeros Cavaignac, Marrast y Guinard.

Volvió á Francia cuando M. Molé, el célebre ministro de Luis Felipe, concedió una amnistía, y formó parte de la redaccion de *Le National*, periódico republicano que combatia sin piedad ni tregua la monarquía de Julio.

Saludó á la república en 1848, y el gobierno provisional le nombró prefecto de Burdeos, cuya situacion política era grave: Clement Thomas restableció la calma en la populosa y agitada capital de la Gironda, y los bordeleses agradecidos le nombraron su representante en la Asamblea Constituyente.

Pero si era republicano de corazon, no aceptaba los crímenes que se cometian en nombre de la república: por eso, el dia 15 de Mayo de 1848, en que una turba desalmada intentó invadir el salon de sesiones de la Asamblea, el ciudadano Thomas, coronel de la segunda legion de la Guardia nacional de Paris, llevó sus soldados al socorro de los elegidos del pueblo; y el 23 de Junio, combatiendo contra los insurrectos demagogos, fué herido gravemente en la calle de Saint-Antoine, en el asalto de una enorme barricada.

Adivinó la ambicion de Bonaparte, y cuando éste cubrió sus hombros con el manto de los césares, Clement Thomas huyó á Bélgica, y luégo á Luxemburgo y Suiza, desdeñando, como Victor Hugo y Edgart Quinet, la amnistía imperial de 1859, y sólo ha vuelto á Francia, despues de veinte años de destierro, cuando el suelo de la patria era hollado por extranjeras legiones.

Nombrado por aclamacion jefe del batallon 148º de la milicia ciudadana de Paris, luégo comandante del tercer sector, más tarde ayudante general de la Guardia nacional, y comandante superior, en fin, de la misma fuerza, M. Thomas era al mismo tiempo un sincero republicano y un acérrimo partidario de la causa del órden.

Este hombre ha sido fusilado por los rojos de Paris, y al grito de *¡viva la república!*, en la tarde del 18 de Marzo.

¿Quién de sus verdugos se atreverá á presentar una tan limpia ejecutoria de republicanismo?

CHANZY.

Este distinguido militar nació en la pequeña aldea de Nouart, departamento de las Ardenas, hácia el año 1823. Manifestando desde niño su decidida inclinacion por la carrera militar, á los 16 años sentó plaza de grumete á bordo de un buque; pero comprendiendo bien pronto que no habia nacido para marino, volvió á empezar de nuevo sus estudios, y admitido en Saint-Cyr, fué nombrado alférez de un regimiento de zuavos, al poco tiempo de salir de la citada escuela.

Desde esta época hasta el año 1859 residió en África, y de este punto partió para la guerra de Italia con el grado de jefe de batallon, en el 23.º de línea. Su conducta durante esta campaña le valió el ser nombrado teniente coronel del 73º de línea, y mencionado varias veces en la órden del dia.

En 1860 el general Hautpoul, que mandaba la expedicion á Siria, le reclamó á su lado para la direccion de los negocios públicos, por sus profundos conocimientos en las lenguas orientales; y desempeñó su mision con tan exquisito tacto y habilidad, que mereció ser nombrado oficial de la Legion de Honor. En este mismo año ascendió á general é hizo la expedicion al Sur de África, con el general de Wimpffen, contribuyendo mucho á asegurar el buen éxito.

Declarada la guerra entre Francia y Prusia, pidió el mando de una brigada; pero no fué llamado de África hasta principios de Octubre último, cuando ya la nacion francesa carecia de generales hábiles y enérgicos para reparar los desastres sufridos.

Nombrado general de division, tomó parte en la batalla de Culmiers y combate de Patay; y encargado poco despues del mando del segundo ejército del Loire, sostuvo durante tres dias los incesantes ataques de los ejércitos del príncipe Cárlos y del gran duque de Mecklembourg.

La invasion ha asolado la aldea donde pasó su infancia el general Chanzy, y ha servido de emboscada á los enemigos de su patria.

Últimamente los rojos de Paris le redujeron á prision, y el telégrafo anunció que habia sido fusilado al dia siguiente del asesinato de los generales Lecomte y Thomas; pero afortunadamente la noticia era inexacta, y el general Chanzy fué puesto en libertad.

CREMER.

El general Cremer (Camile) nació en Sarreguemines (Moselle), el 6 de Agosto de 1840. Desde sus más tiernos años demostró deseos de entrar en la carrera militar; así es que en 1857 salió de Saint-Cyr con un número que le permitió ingresar en el cuerpo de Estado Mayor. Sirviendo en el regimiento de dragones de la Emperatriz, solicitó y obtuvo trasladarse al 1.º de zuavos, á fin de ir á Méjico á hacer la campaña. Dura fué esta guerra, y su regimiento estuvo siempre en el Michoacan, mereciendo ser señalado por el coronel Clinchant, con especialidad Cremer, que fué citado varias veces en la órden del dia por su valor y serenidad.

Nombrado capitan y condecorado con la Orden de Nuestra Señora de Guadalupe y con la medalla de Méjico, volvió á Francia en 1866 á restablecer su quebrantada salud, y poco despues entró en un regimiento de artillería que se hallaba de guarnicion en Paris.

Poco tiempo permaneció en él Cremer, porque el general Clinchant, que habia podido apreciar las cualidades militares que le adornaban, le rogó que fuese á su lado en clase de ayudante de campo. Tres años consecutivos permaneció en Paris la brigada Clinchant, y durante ellos trabajó mucho Cremer en el arte militar.

Los diarios franceses han referido, que comprometidos los dos citados generales en la capitulacion de Metz, rehusaron la libertad que se les ofrecia, y hechos prisioneros é internados en Mayence, escaparon de manos del enemigo, marchando inmediatamente á Tours á ponerse á las órdenes del Gobierno.

Nombrado Cremer general, y puesto á la cabeza de 10.000 hombres, se batió en Nuits (Côte-d'or) con un cuerpo prusiano compuesto de 25.000 soldados, causando á éstos, segun los periódicos franceses, 7.000 bajas.

Modesto, instruido, enérgico y estudioso, el general Cremer, aunque de un carácter muy frio, es uno de los hombres que se captan las simpatías de cuantos le conocen.

Ahora, en la suprema crisis que atraviesa la Francia, Cremer, segun escriben de Paris, ofreció su espada á los rojos, y mandaba, con el agitador Clusseret, las tumultuosas huestes de Montmartre, pero ya se ha arrepentido de su ligereza, y parece que hoy se encuentra en Versalles, al lado del gobierno nacional.

RECUERDOS Y LECCIONES.

Si los partidos políticos en que se divide España tuvieran la paciencia, una vez puestos de acuerdo, de hacer una estadística en la que constara el número de víctimas que el órden y el desórden han hecho en la madre patria, el estudio seria tan horroroso, que casi podria asegurarse un porvenir de paz y de tranquilidad, si el carácter español, revoltoso y levantisco como el americano, no fuera impedimento constante de la calma necesaria para la prosperidad de un pueblo.

Unas veces en nombre del órden alterado, otras veces en nombre de la libertad deprimida, la nacion española no ha cesado nunca de vivir en guerra: y es de notar una observacion que los mismos españoles han podido hacer en diferentes ocasiones. Han hecho falta jornaleros para trabajos materiales en la construccion de vías férreas, ha habido necesidad de recurrir al extranjero en busca de braceros; los oficios mecánicos cuentan con poderosos auxiliares extranjeros en los talleres españoles; pero siempre que se ha tratado de hacer barricadas, de levantar partidas, de lo que se llama en el idioma vulgar *andar á tiros*, siempre ha habido gente dispuesta y útil para el caso. Esto, que seria laudable en caso de invasion extranjera ó de defensa nacional, es verdaderamente horrible tratándose de un cambio de sistema político interior, cambio que una vez realizado, nunca es el deseado por la mayoría del país. La oposicion es siempre la misma, porque el país ama la oposicion, porque la docilidad y la aprobacion son cosas desconocidas ó que redundan en desdoro de la altivez, prenda indispensable de todo descendiente de Pelayo y del Cid, de Lanuza y de Don Quijote. Los campos de España están yermos en su mayor parte, y han de estarlo más si la educacion no dulcifica el carácter, porque no es riego adecuado la sangre ni puede fructificar el llanto.

A mediados del mes de Octubre de 1865 recibí una carta de un amigo emigrado en Paris á consecuencia de la sublevacion del 3 de Enero. Era amigo y com-

pañero del general Prim: la retirada de éste á Portugal le habia alejado de Madrid, dónde tenia su familia, y vivia con la mayor estrechez en la capital de Francia.

Seguro estaba yo y él tambien, de que Prim entraria triunfante en Madrid, y de que él, que á la sazon era capitan, seria en el nuevo órden de cosas teniente coronel, por lo ménos: pero entre tanto la *necesidad* apretaba, las comunicaciones con su mujer y dos niños eran difíciles, si no imposibles, y el capitan no sabia una palabra de la capitana ni de los dos generalitos. Él, liberal, altivo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivia en París pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendiera; y el gobierno que habia entónces en España, severo defensor del órden y de la propiedad y salvaguardia de la poblacion pacífica, le abria todas las cartas que dirigia á la mujer, se enteraba de ellas, las rompia y quemaba, y hasta se quedó con quince duros que el infeliz pudo reunir y enviar á la señora en una letra dentro de una carta.

En este estado las cosas, si cosas pueden llamarse, me escribió una carta, parecida á esos artistas del circo ecuestre que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes. Para que el gobierno de entónces no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el de debajo para *mí* y los demás para otras tantas *personas* cuyos nombres no infundieran sospechas en correos. Todavia existian entónces siete españoles que no fueran sospechosos. Si tarda en escribirme dos meses, no recibo la carta.

Decia así:

«Queridísimo Eusebio: No sé si esta llegará á tus *manos*, porque tal es la saña que los *moderados* desatan contra nosotros, que estamos casi incomunicados con todo correligionario y amigo. Te escribo para que me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número ***, donde vive ó vivia hace dos meses mi señora, de la cual hace tres meses ya que no tengo noticia ninguna, ni de mis chiquitines, y en nombre de nuestra antigua amistad te suplico les favorezcas en su apurada situacion como puedas, si es que la tuya es mejor que la mia, que no puede ser peor. Tambien te suplico... y aquí habia una porcion de encargos y recomendaciones cuya relacion no viene á cuento.»

Grande y penosa impresion produjo esta carta en mi ánimo, pues además de que, caso de encontrar á la pobre señora, no podia yo entónces ayudarla más que á sentir, era aquella una época para mí en extremo azarosa. Fué por aquel entónces cuando el actor Arderius, acabada una de las representaciones del *Jóven Telémaco*, y pedido el nombre del autor por el público, salió á la escena, se adelantó hasta el proscenio, y con esa encantadora insolencia que Dios y el público le han dado, dijo á los señores: *El autor de la obra que hemos tenido el honor de representar no puede presentarse al público, porque está escondido huyendo de la policía.* Con lo cual, dicho así sin más explicacion, algun espectador pudo creer que el autor habria robado alguna capa.

Aprovechando la oscuridad de la noche y viendo un guardia civil en cada transeunte, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa donde debia vivir la mujer del emigrado mi amigo, y despues de preguntar en diez ó doce porterías, dí con la casa, que era de pobre aspecto. Abierto estaba el portal y oscura la escalera, y subiéndola á tientas y manoteando como si pronunciara un discurso, por si acaso habia algo con que tropezar, llegué á la puerta del cuarto principal, que estaba entornada.

Dí dos golpes con la mano para llamar, y á poco abrió la puerta un muchacho, delgadísimo y mal vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer ordinaria, con un pañuelo en la cabeza, andando de puntillas y hablando en voz baja. Repitió la pregunta del muchacho, y dije yo entónces el objeto de mi visita, en tanto que llegaba un segundo chico, más alto que el primero, y con cara de haber llorado.

Grande fué el asombro de la mujer aquella, y no ménos su llanto al oirme; y con palabras muy de plazuela, pero muy conmovedoras, me dijo que no me podia figurar á qué mal tiempo llegaba.

Cogióme en seguida por la mano, y haciéndome andar un largo pasillo, al final del cual habia una puerta por debajo de la cual se veia mucha luz, me llevó hasta ella, y abriéndola me señaló hácia adentro, sollozando y diciendo:

—Ahí tiene usted á mi pobre señorita de mi alma.

En medio del cuarto habia una mesa cubierta con una colcha de flores, y sobre ella una caja de muerto. Dentro estaba, de cuerpo presente, la mujer de mi amigo, y cuatro velas amarillas le daban luz de limosna.

Ya no pude resistir á la pesadumbre, y al ver llorar á la criada y á los dos niños, hambrientos y demacrados y medio desnudos, rompí yo á llorar tambien, como si aquella familia fuera la mia. Y me acordaba de haber visto á aquella mujer jóven, y bonita, y elegante, del brazo de su marido un año ántes, y á los *niños alegres y bien vestidos correteando sin penas*; y pensaba que no tenia valor para escribirle al emigrado lo que habia pasado en su casa, y me aterraba la idea de que aquella jóven, llena de vida, y de hermosura, y de virtudes, habia muerto, segun confesion de los vecinos, de pena y de hambre; y mientras me alejaba de allí con el corazon oprimido y la imaginacion trastornada, pensaba recorriendo las calles sin direccion fija y como loco:—Pero señor, ¿vale la pena de llegar á coronel, ni á brigadier, ni á general, ni á ministro, ni á arzobispo, ni á rey del *mundo*, y de un *mundo* como este?

EUSEBIO BLASCO.

PARÍS.—LOS INSURRECTOS EN MONTMARTRE.

Un grabado de la pág. 177 indica las posiciones que ocupaban los rojos de París, durante las sangrientas jornadas del 18 y 20 de Marzo último, en las alturas de Montmartre.

Ya en el número anterior hemos tenido ocasion de ocuparnos de los preliminares del deplorable conflicto promovido por los rojos parisienses.

En la mañana del 18, á pesar de la incolora proclama de M. Thiers, la capital de Francia presentaba un aspecto imponente, pues si la lectura de aquel documento produjo algun efecto entre los habitantes del centro de París, la verdad es que las alborotadas gentes de los barrios extremos le despreciaron. Desde los boulevares de Clichy y de Rochechouart podia observarse que todas las calles que conducen á las alturas de Montmartre—las de Houdon, Lepic, Germain-Pilou, de los Mártires, el pasaje de las Bellas Artes, la plaza Pigalle y otras—estaban resguardadas por destacamentos de tropas de línea sublevadas, de los regimientos 46 y 88, y por algunos centenares de guardias nacionales insurrectos, que desconocian la autoridad de la Asamblea francesa reunida en Versalles, y aclamaba al llamado *comité central*, que ofrecia á París la eleccion de la *Commune*.

En vano el gobierno publicaba una segunda proclama, conciliadora tambien, y en vano el general D'Aurelles de Paladine hacia tocar generala é intentaba llamar al órden y á la obediencia á los militares sublevados y á la Guardia nacional parisiense; aquellos no oian la voz de sus jefes, y ésta, la Guardia nacional, dividida en dos parcialidades, ó permanecia en sus casas atemorizada por la actitud soberbia de los comunistas y terroristas, ó rechazaba las intimaciones del antiguo jefe del ejército del Loire, y hacia causa comun con los audaces y desconocidos miembros del *comité central* de la insurreccion.

Los desgraciados generales Lecomte y Clement Thomas fueron fusilados en un jardin de la calle des Rosiers: el primero fué hecho prisionero por los mismos soldados insurrectos, y el segundo se propuso libertarle.

Los rojos imputaban á los dos generales el delito de haber mandado hacer fuego contra el pueblo de París—es decir, contra los audaces sublevados.

Vestido de paisano, llegó el bravo Clement Thomas á la plaza de Pigalle, hacia las cinco de la tarde, cuando uno de los sicarios de Montmartre, reparando en la luenga barba blanca de aquel *bourgeois* que se acercaba á las barricadas, exclamó:

—¡Ese es el traidor Clement Thomas!

—Yo soy Clement Thomas—respondió valientemente el infortunado general:—pero no traidor, que siempre he cumplido con mi deber!

Un numeroso grupo de insurrectos apareció bien pronto al rededor de M. Thomas, y fué éste conducido á la casa núm. 6 de la calle des Rosiers: allí funcionaba un consejo de guerra, dicen, y los miembros de este conciliábulo sanguinario condenaron á muerte á los dos generales prisioneros.

El anciano Clement Thomas, en la hora suprema y horrible de la ejecucion, dió pruebas de una fortaleza de espíritu verdaderamente extraordinaria: catorce balazos, uno tras otro, recibió la víctima, y aún permanecia de pié, con el sombrero en la mano, mirando fijamente á sus verdugos, y exclamando en alta voz, despues de cada uno de los disparos:

—¡Cobardes! ¡Cobardes!

Otro balazo le hizo caer para siempre, y en seguida los asesinos fusilaron tambien al general Lecomte, el más jóven de los oficiales generales franceses, valiente é ilustrado.

¡Sus soldados, sus mismos soldados del 88 de línea, fueron sus verdugos!

El otro grabado de la pág. 177 representa los cuerpos de las dos víctimas, que fueron depositados en una pequeña estancia de la casa cuyo jardin habia sido teatro de la sangrienta escena: yacen sobre dos persianas, ambos están vestidos, y les cubre el capote de un soldado: una bujía arde sobre un candelero de cobre, y su luz pálida ilumina débilmente el lúgubre cuadro.

Tal ha sido el principio de la insurreccion comunista que estalló en París á mediados de Marzo.

Hoy los insurrectos han izado el pabellon rojo en la *Maison Commune*, y la ancha plaza del Hôtel de Ville ha sido trasformada en un campo atrincherado que defienden más de ciento diez y siete piezas de artillería de grueso calibre.

¿Cuál será el desenlace de este desdichado drama? —Dios únicamente puede leer en el libro del porvenir. Nosotros hacemos sinceros votos por la felicidad de la Francia y por la paz de Europa.—X.

«LA ÚLTIMA CENA.»

DE LEONARDO DE VINCI.

Pintor, escultor, poeta, músico, geómetra, arquitecto, pensador profundo y grande hombre, Leonardo de Vinci, el humilde discípulo de Verochio, el protegido de Luis *el Moro*, el rival de Miguel Angel, «temblaba—dice Lomazzo—cada vez que se ponia á pintar, y por eso no concluia lo que empezaba,» considerando la grandeza del arte,—añade César Cantú—de manera que veia errores en las cosas que parecian á otros maravillas.

Y sin embargo, él trabajaba, cuando áun no tenia diez y seis años, en el modelo de aquella famosa estátua ecuestre de Francisco Sforzia, duque de Milan, que fué mutilada por los rudos gascones de Luis XII; él fué el laureado autor de aquel célebre retrato de Mad. Lisa, comprado luégo por Francisco I, el vencido de Pavía, por cuatro mil escudos de oro; él quien trazaba, en competencia con Miguel Angel, aquel admirable boceto de la batalla de Anghiari, que los florentinos hicieron pedazos por disputársele.

Vinci, ántes que Bacon, adivinó el principio de la observacion y la experiencia; á él se debe, cuenta un su biógrafo, el pensamiento de canalizar el Arno desde Pisa á Florencia, obra ejecutada dos siglos despues por Vicente Vibiani; describió la *cámara oscura* ántes que Porta, el espectro solar ántes que Maurolico, y explicó otros fenómenos ópticos ántes que Vittelion.

En la pintura—dice Cantú—no se le puede agregar á ninguna escuela, siendo el creador de otra escuela precisa de anatomía y sentimiento, que representaba felizmente el aspecto general y los particulares: en la perfeccion del dibujo y en la pureza de líneas y formas, sobrepujó á los contemporáneos; y los preceptos que dejó escritos en su *Tratado de pintura*, el primero quizá en cuyas páginas se discuten los principios del arte, formaron luégo la base del estudio de la escuela milanesa, fundada por Vicente Foppa, que tan excelentes maestros ha producido.

El grandioso cuadro que representa *La Última Cena*, pintado al óleo por Leonardo Vinci, en 1499, en la pared principal del refectorio del convento de Santa María della Grazia, de Milan, es una de esas obras admirables que forman época en la historia de las bellas artes.

Tiene diez metros de largo por cinco de alto; en él, separando de los personajes los símbolos que la

tradicion aplicaba á los apóstoles, y los indicios materiales de la divinidad y de la santidad, quiso que á todos se les conociese por su aspecto y por la expresion de los sentimientos, representando la escala ascendente de la belleza en la forma, y sirviéndose de ella como de una manifestacion visible de la inteligencia y del sentimiento.

La hermosa imágen del Salvador que ofrecemos á nuestros suscritores en la pág. 168, es una copia exacta de la admirable cabeza de Jesús, pintada por Leonardo de Vinci en *La Ultima Cena* del refectorio del convento citado,—esa cabeza en la cual está retratada una inmensa pena, segun el cardenal Federico Borromeo, contenida y como encubierta detrás de una moderacion, de una modestia angelical.

Vinci, el gran pintor, debió de morir en 1519; pero su nombre glorioso vive, y lo repetirán los milaneses con entusiasmo, en tanto que exista el antiguo convento de dominicos de Santa María della Grazia.

BARCELONA.

EMBARQUE DEL DUQUE DE MONTPENSIER PARA LAS ISLAS BALEARES.

¿Para qué referir con minuciosos detalles la causa del destierro impuesto al duque de Montpensier? De todos es conocida, y por ello nos abstenemos de hacerlo.

Este ilustre personaje salió de su residencia de Sevilla para Valencia, y de este punto para Barcelona, siendo objeto de marcadas muestras de simpatías por parte de muchas distinguidas personas de dichas capitales.

Poco tiempo ántes de marchar le ofreció el Gobierno, segun se dice, el vapor de guerra *Lepanto*, para en el ser conducido á las islas Baleares; pero el duque no aceptó este ofrecimiento, sino que prefirió hacer el viaje en el vapor mercante *Menorca*, el cual salió para Mahon el dia 14 de Marzo último, á las cuatro de la tarde.

El acto del embarque está representado en el grabado que ofrecemos á nuestros suscritores en la página 173.

Llegado á Menorca el duque de Montpensier, parece que ha dirigido al Gobierno una protesta, por la medida que con él ha adoptado, exponiendo que se infringian los artículos 6.° 11 y 31 de la Constitucion, y el art. 2.°, título 6.°, tratado 8.° de las Ordenanzas militares, por prevenirse en ellas, que todo militar deba ser juzgado, en caso de imputársele delito ó falta, ante el capitan general del distrito donde resida ó esté cuando la cometa.

Creemos que no tardará mucho tiempo en regresar á esta corte, si le autoriza para ello su cualidad de diputado, para cuyo cargo ha sido elegido por uno de los distritos de Cádiz.

DESTILACION DE MELAZAS.

Puesto que en números anteriores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA hemos descrito diferentes máquinas para la destilacion de granos y féculas, no podemos omitir la descripcion de una fábrica destiladora de *melazas*, ya solas, ya mezcladas con granos, féculas, remolachas, etc.

En esta página hallarán nuestros lectores dos figuras que representan la alzada y la planta baja de una destiladora de melazas, dispuesta para un trabajo diario de 10,000 kilógramos, el cual produce unos 2.800 litros de alcohol.

Es de advertir que desde que se emplea el ácido sulfúrico para la fermentacion de las melazas, algunas destiladoras, utilizadas como es debido, producen 28 litros de alcohol fino, de 90 grados, por cada 100 kilógramos de melaza.

Además, haciendo uso del procedimiento inventado por M. Eugène Porion, uno de los más hábiles industriales del Norte de Francia, se obtiene en el combustible una economía de 30 por 100: en efecto, el citado M. Porion ha introducido un horno de potasa, anexo á la destiladora (marcado en nuestros grabados con las letras M y *n*), en el cual las materias que deben evaporarse para la produccion del alcohol son reducidas á polvo, á lluvia muy fina—si así podemos expresarnos,—y este polvo queda sometido á la accion de una corriente de aire muy cálido, en virtud del calórico que se desprende de la potasa en el acto de la incineracion.

De manera que con un gasto de 17 rs., que viene á costar próximamente la destilacion de 100 kilógramos de melaza, en una máquina que produzca diariamente seis pipas de alcohol, se alcanzan los resultados que ya hemos indicado: es decir, 28 litros de alcohol fino de 90 grados—mas un residuo de 10 kilos de potasa.

Expliquemos ahora las figuras:

A Cuba en la cual se preparan las melazas para la fermentacion: disuélvense en agua, saturada del ácido sulfúrico necesario, y cuando esta disolucion alcanza una densidad de 5 ½ grados, se eleva la temperatura de la misma de 24 á 26° centígrado.

B, B', B'', etc. Diez cubas (cabida de 180 hectólitros cada una) para la fermentacion.

C Cisterna abierta debajo de las cubas, y en la cual éstas pueden ser depositadas hasta hacerse la destilacion.

D Depósito de jugos fermentados, para la columna destilatoria.

E Depósito de agua fria.

F Alambique (sistema Savalle) con regulador para el vapor.

G G' Depósito de alcoholes impuros.

H Aparato para la rectificacion de estos alcoholes impuros.

I Depósito de alcoholes finos.

J Máquina de vapor.

K Bombas.

L, L' Dos generadores del vapor, semi-tubulares (sistema E. Victor Fourcy).

M Horno Porion, para la evaporacion de los líquidos y para la incineracion de la potasa.

N Chimenea del horno Porion.

O Chimenea de la destiladora.

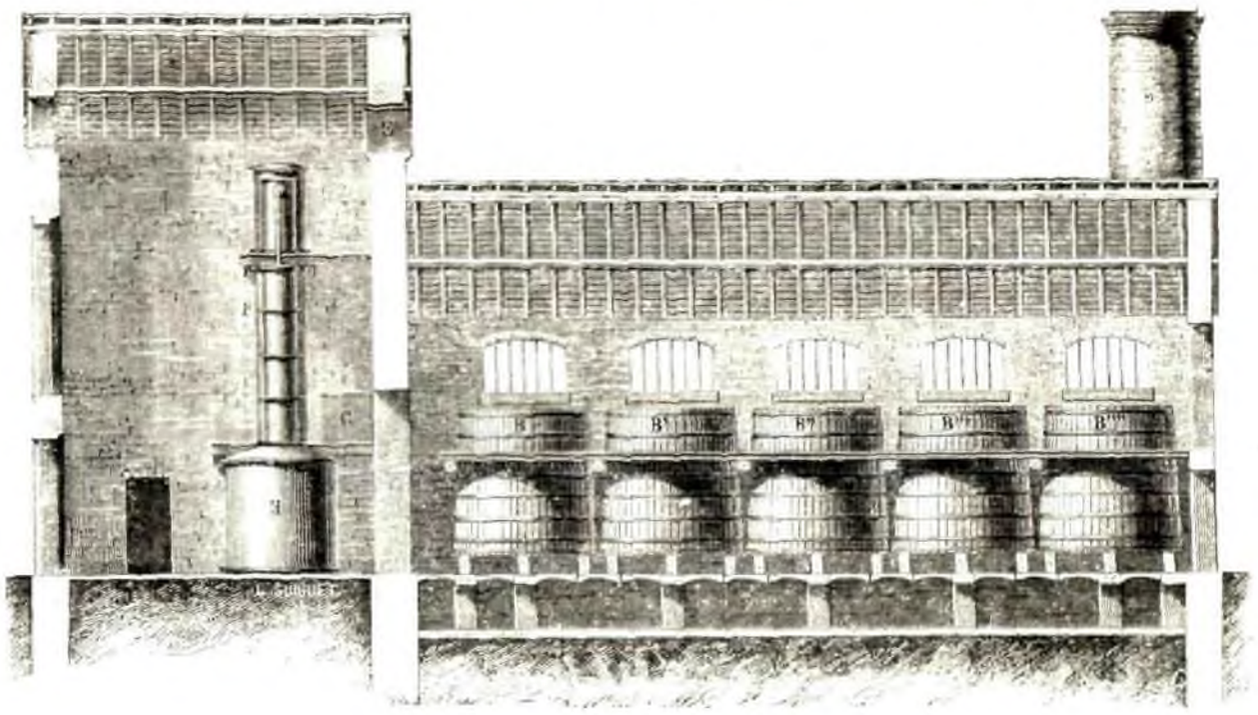
Segun hemos explicado en el núm. VI (del año actual) de LA ILUSTRACION, se puede hacer un trabajo mixto por medio de la sacarificacion ácida, y disminuir por lo tanto el gasto, y se puede tambien, añadimos ahora, operar simultáneamente la destilacion de melazas y la maceracion de las remolachas, añadiendo á la destiladora que acabamos de describir, el material necesario para efectuar la segunda operacion—material poco importante, puesto que se reduce á un lavadero para las remolachas, una máquina corta-raices, y algunos maceradores.

En cambio se obtiene la supresion de una gran parte del gasto necesario para lograr la fermentacion de las melazas, y de otra parte no menor del combustible que exige la evaporacion.

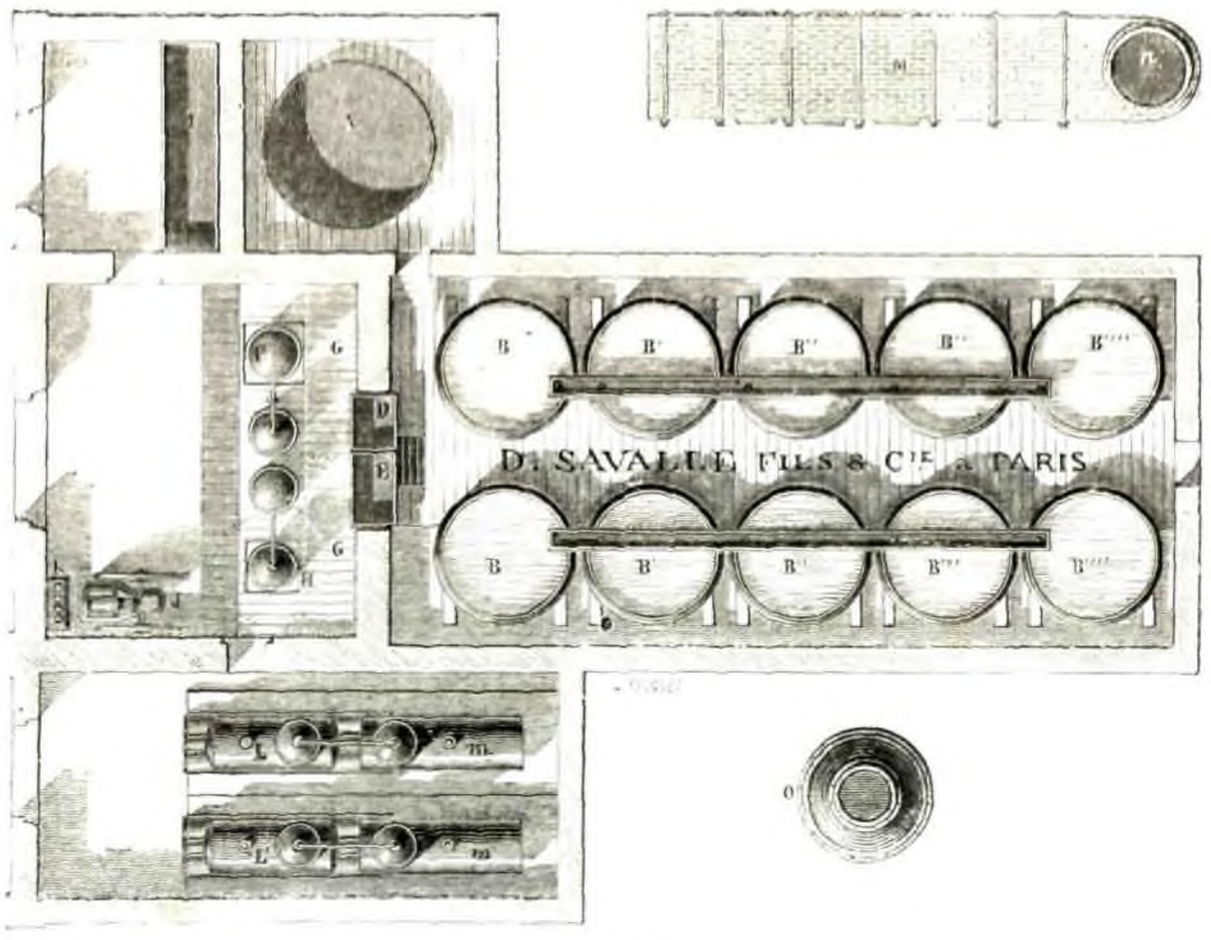
Nosotros nos creemos obligados á invitar á nuestros agricultores á que examinen detenidamente las diferentes máquinas que hemos descrito en páginas anteriores de LA ILUSTRACION, en especial los excelentes alambiques de M. Savalle, explicados en los números XXVI, XXVII, XXVIII y XXX de la coleccion del año anterior, y las destiladoras ya descritas en los números IV y VI de este año.

Nuestra patria es un pais esencialmente agrícola: pero los agricultores españoles, en muchas localidades, quizás en las más importantes, permanecen aún estacionarios, adheridos á una rutina deplorable, á pesar de las innovaciones y adelantos que las ciencias y las artes han introducido en la maquinaria industrial y agrícola, en beneficio de quien sabe utilizarlos.

FÁBRICA-DESTILADORA DE MELAZAS.—APARATOS DE M. SAVALLE.



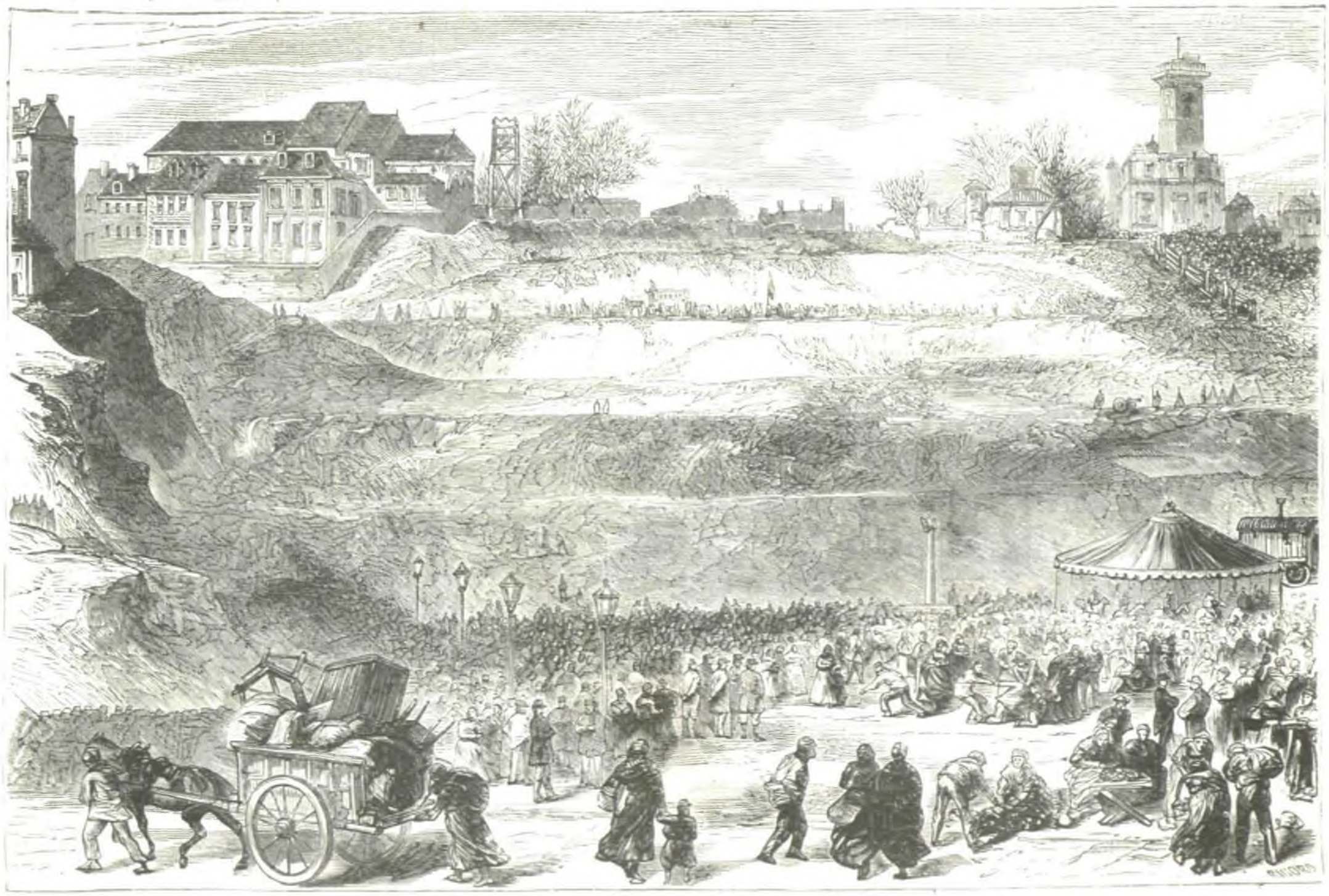
ALZADA Y SECCION LONGITUDINAL.



PLANTA BAJA.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

INSURRECCION DE PARÍS.—CADÁVERES DE LOS GENERALES LECOMTE Y THOMAS, FUSILADOS POR LOS ROJOS.



INSURRECCION DE PARÍS.—POSICIONES OCUPADAS POR LOS ROJOS, EN LAS ALTURAS DE MONTMARTRE.

LA CABRA NEGRA.

CUENTO POPULAR.

(Conclusion.)

VI.

Una tarde de Agosto, justamente un mes despues que los sanbernabeses se merendaron la cabra negra, estaba agonizando un anciano de San Bernabé, y el señor cura le prodigaba sus consuelos.

Allá, sobre las cumbres de Ordunte, se ponia oscuro, oscuro el cielo, brillaba el relámpago y rugia sordamente el trueno.

Era la una de la tarde, y los labradores dormian la siesta en sus casas, esperando á que en la torre de la iglesia sonaran las dos para volver á sus heredades.

La tempestad se iba acercando, como que se cernia ya sobre los campos de Nava, Jijano y el Benon; pero nadie se curaba de ella en San Bernabé, acostumbrado como estaba el vecindario á que el señor cura diese buena cuenta de ella con sus conjuros.

Sin embargo, un grito de terror y asombro resonó en todas las casas al sentir el estallido de un rayo que derribó la encina mayor del campo, precisamente aquella á cuya sombra habia sido merendada la cabra negra, y al sentir el ruido de una nube de piedra como nueces, que rompia las tejas y los cristales de las casas y destrozaba el ramaje de los árboles.

En el momento en que la terrible tempestad se alejaba de San Bernabé, el señor cura salió de casa del moribundo, entró en la iglesia y tocó á muerto. ¡El anciano á quien auxiliaba acababa de espirar!

Los vecinos salian de sus casas, y dirigiendo la vista á la vega desde las cercanías de la iglesia, prorumpian en lágrimas y gritos de desolacion: era porque el terrible pedrisco habia asolado completamente los campos de San Bernabé. Todo, maizales, viñedos, patatas, colmenares, todo, todo habia sido destruido.

Muy pronto los lloros y lamentaciones se trocaron en gritos de indignacion y amargas reconvenciones dirigidas al señor cura, porque no habia conjurado la tempestad.

En vano el señor cura hizo presente al vecindario que no merecia tales reconvenciones, porque un deber sacratísimo le habia detenido al lado del moribundo, que le pedia no le abandonase en el momento supremo: no faltó quien malévolamente observase que si el señor cura no habia conjurado la tempestad, habia sido por temor de que retrocediese y diese la vuelta por Biergol, cuyos campos se habian librado de ella á costa de los de San Bernabé, y gracias á aquella picardía del señor cura.

Esta insensata idea encontró acogida en el vecindario, é indignó de tal modo al señor cura, que éste creyó rebajarse rechazándola.

Pocos dias despues de la tempestad, otra tempestad cayó sobre San Bernabé, á pesar de que el señor cura hizo grandes esfuerzos para conjurarla. La cabra merendada por los sanbernabeses pertenecia al lugar de Biergol, cuya comunidad poseia un rebaño de cabras conocido con el nombre de rebaño del concejo. Sabedores los biergoleses de que los de San Bernabé se habian merendado la cabra con acompañamiento de brindis provocativos, entablaron demanda contra ellos, á pesar de que el cura de San Bernabé, su paisano, hizo cuanto pudo para disuadirlos de semejante paso, y áun se comprometia á abonar de su bolsillo el valor de la cabra.

Los sanbernabeses creyeron absurdamente que aquella era cuestion de amor propio y no de dinero, y juraron que los biergoleses no habian de ver un cuarto por la cabra; porque todo, todo era envidia y sólo envidia que Biergol tenia desde muy antiguo á San Bernabé.

El pleito siguió corriendo instancias y más instancias, y haciéndose interminable con gran contento de la curia, que sacaba las entrañas... del bolsillo á los sanbernabeses. No era este el único filon de la mina de San Bernabé que explotaba la curia: apenas habia allí uno que no tuviera algun individuo preso en la cárcel del valle de Mena por quimeras tenidas con los de los pueblos comarcanos. La causa de estas quimeras era tambien la maldecida cabra negra, con tanta alegría y chacota merendada por los sanbernabeses.

No iba uno de éstos por cualquiera parte del valle de Mena, de Álava, de Vizcaya, de la Montaña y áun de la orilla opuesta del Ebro, sin que tuviera que escoger entre armarse de la paciencia de Job ó armarse de una estaca y empezar á estacazos con todo bicho viviente, porque eran capaces de cargar á Cristo padre las bromas que á cuenta de la condenada cabra negra se daban en todas partes á los pobres sanbernabeses.

—¿De dónde sois? les preguntaban.

—De San Bernabé.

—¡Beeee! berreaban entónces los interrogadores, y ya estaba armada la paliza.

Por cerca de la colina de San Bernabé atravesaba una calzada que iba á la villa de Arceniega y continuaba por el valle de Ayala hácia Orduña. No pasaba por ella hombre ni mujer que al dar frente á San Bernabé no se desgañitase á fuerza de balar de la manera más provocativa, sin que sirviesen de escarmiento las palizas que con frecuencia administraban los sanbernabeses á los baladores.

Estas bromas iban siendo ya una pesadilla insoportable para los vecinos de San Bernabé, tanto que no se podia pronunciar delante de ellos el nombre de su pueblo ó el del santo que al pueblo daba nombre, sin que se les figurase que intencional y malignamente se habia prolongado la terminacion de aquel nombre.

El mismo señor cura habia tenido muchas veces el disgusto de oir en la iglesia murmullos de indignacion al pronunciar el nombre del santo apóstol titular, y aquellos murmullos procedian de que los suspicaces sanbernabeses habian creido notar que el señor cura duplicaba la *e* final del nombre del santo.

Más aún, aunque parezca increible y exagerado: hasta las ovejas y las cabras eran ya insoportables á los obcecados sanbernabeses, que no podian tolerar sus inocentes balidos, y con frecuencia sucedia una cosa que daba más y más pábulo á las burlas y chacota de los habitantes de aquella comarca.

Hay que convenir en que los septentrionales que habitamos esta faja de verdes y quebradas montañas que corre de Oriente á Occidente entre el Ebro y el Océano, no somos ménos alegres y amigos de «tomar el pelo» como por acá se dice, que los meridionales de las orillas del Guadalquivir.

Oian los sanbernabeses un coro de balidos en los sombríos encinares que rodeaban la colina en que se alzaba la aldea: corrian á los encinares armados de escopetas y estacas bramando de indignacion, y se encontraban con que los balidos que tanto habian exaltado su bilis eran los de las cabras y ovejas de la aldea,

Una nueva calamidad vino muy pronto á aumentar y agravar las que ya afligian á San Bernabé, ántes tan feliz y tranquilo: como el arca comun habia quedado sin un cuarto con el interminable pleito con los de Biergol, y no habia que pensar en repartos al vecindario porque éste estaba ahogadísimo con la pérdida total de las cosechas del año anterior causada por el pedrisco y con los procedimientos judiciales que se seguian particularmente contra los vecinos, se habia descuidado la limpia del riachuelo que corria por la vega, y estancadas las aguas, tanto en el cauce del rio como en las zanjas de las heredades, á donde se corrian en tiempo de avenidas, las aguas se habian corrompido, y la aldea de San Bernabé, ántes tan sana, estaba infestada de calenturas malignas que diezmaban al vecindario y tenian convertidas en espectros á aquellas gentes, en otro tiempo tan robustas que causaban el asombro y la envidia de los forasteros.

Pero no paraban en esto las desgracias que afligian á San Bernabé: la discordia reinaba entre sus moradores, tan paternalmente unidos hasta el dia en que se comieron la fatal cabra negra. Estas discordias tenian una explicacion muy sencilla, aunque fuese poco racional la causa de ellas: esta causa era, en primer lugar, la falta de harina, que lo convertia todo en molina: y en segundo, el empeño que todos tenian en atribuir al vecino la idea de la merienda que con razon se creia ser origen providencial de todas las calamidades y desgracias que pesaban sobre la aldea.

—¡Maldita sea la tal merienda y maldito el hijo de cabra á quien le ocurrió la idea de que merendáramos la de Biergol! exclamaba cualquier vecino lamentando las desgracias que la merienda habia traido.

Y... que si fuiste tú, que si no fui yo, que si Fulano dijo esto, que si Mengano dijo lo otro, que si Perengano dijo lo de más allá, todos querian cubrirse con la túnica de la inocencia y endosar al vecino la hoja de higuera, y de aquí nacieron enemistades y chinchorrerías y puñetazos que tenian infernado al pueblo.

Luégo, como todos los sanbernabeses habian concebido tan irracional prevencion contra el señor cura, por más que éste hiciera heróicos esfuerzos de paciencia y persuasion para vencerla, hasta los consuelos de la religion faltaban en gran parte á aquellos desgraciados, que tenian la debilidad de creer que el señor cura mezclaba con las santas funciones de su ministerio las rencillas y miserias de que ellos tenian lleno el corazon.

Un consuelo, una esperanza quedaba, sin embargo, á los sanbernabeses. Por fin, decian, la fiesta de San Bernabé se acerca, y entónces saldremos de ahogos con los miles de duros que ese dia dejan en el pueblo los forasteros. Á ver si con esos recursos nos desahogamos un poco los vecinos, y el ayuntamiento puede limpiar ese condenado de rio que nos está asesinando, y enderezar ese maldito de pleito con los de Biergol que está arruinando á San Bernabé.

VII.

El gran dia, el dia de San Bernabé se acercaba. Con quince de anticipacion se reunieron todos los vecinos de la aldea, segun costumbre, para acordar las funciones con que se habia de obsequiar á los forasteros. En esta junta ó concejo habia aquel año una novedad, y era la de no asistir á ella el señor cura, como habia asistido todos los años.

Uno de los vecinos tomó la palabra y dijo:

—Señores, no me gusta hablar mal de nadie, y ménos del que no está presente, y ménos aún del que gasta corona; pero no puedo ménos de proponer al concejo un voto de censúra al señor párroco por su falta de asistencia á una reunion tan importante como esta, falta que este año es más censurable que nunca, porque hasta indica poca caridad hallándose el pueblo en la desgraciada situacion en que se halla.

—Abundo en esas mismas ideas, respondió el mayordomo del santo. Es verdad que al señor cura no se le ha avisado este año por causas que todo el vecindario sabe...

—¡Que diga el señor mayordomo qué causas son esas, porque aquí hay que hablar muy claro, pese á quien pese! exclamó otro vecino dando grandes muestras de irritacion.

—Pues bien, respondió el mayordomo, las diré, aunque nadie me ha de dar dos cuartos por la noticia. Aquí hay que tratar, aunque sea incidentalmente, de los forasteros, y quizá, y sin quizá, hablando mal de ellos, y hubiera sido poco delicado y generoso el citar para esta reunion al señor cura, que tanta aficion les tiene...

—Á propósito del señor cura, añadió el vecino que habia dicho era menester hablar muy claro, tengo que poner en conocimiento del concejo una cosa que me tiene indignado: el señor cura, no contento con insultarnos hasta en la iglesia misma añadiendo letras al nombre del santo apóstol, ha enseñado á su loro á burlarse de nosotros, pues el avechucho se permite balar desde el balcon.

Gritos de rabia y miradas amenazadoras dirigidas hácia casa del señor cura, con acompañamiento de puños cerrados, acogieron esta declaracion.

—Señores, dijo con timidez el sacristan, no llevemos tan léjos la desconfianza. El señor cura no tiene la culpa de que su loro bale. Como en verano duermen las ovejas al fresco en el redil que se pone delante de casa del señor cura y no paran de balar hasta

que por la mañana, despues de ordeñarlas, se las junta con las crias, el loro ha aprendido por sí sólo á imitar sus balidos.

Esta aclaracion encontró algunos incrédulos; pero medio creida por la mayor parte del vecindario, se dejó en paz al señor cura, y se pasó á tratar de las funciones que aquel año se habian de disponer para el dia de San Bernabé; y despues de mucho hablar, mucho discurrir y mucho divagar, se convino en que las funciones se redujeran á la de iglesia, con sermon que por bien ó por mal echaria el señor cura, y al disparo por la tarde, desde el balcon del señor mayordomo, de cinco ó seis docenas de cohetes, y por la noche de una rueda de fuego, porque en la depositaria municipal no habia dinero, ni el pueblo tenia de donde sacarlo.

—Pero, señores, observó uno de los vecinos, si no hay más diversiones que esas, ¿qué van á decir los forasteros, acostumbrados como están á que los divirtamos tanto el dia del apóstol? Añadamos siquiera un par de buenos novillos.

—Sí, sí, yo estoy por un par de novillos de los más bravos, asintió el vecino que queria se dijese todo, pesara á quien pesara; pero ha de ser con una condicion, y es la de que no se suelten hasta despues de haber metido en el coso á todos los biergoleses que hayan venido á la fiesta.

El concejo no estaba para risas, pero áun así rió al oir esta proposicion, y no faltó pedazo de animal que la tomó por lo serio.

Convinose en añadir al programa el par de novillos, y el concejo se disolvió en seguida.

VIII.

Llegó la víspera de San Bernabé con tiempo inmejorable, áunque algo ventoso. El campo de la iglesia se llenó de puestos y figones; cada casa se convirtió en una fonda, y toda la noche se pasó matando y desollando reses.

La taberna del concejo estaba provista de más de cien pellejos de vino de Rioja, y en todas las casas se puso ramo de laurel fresco.

En cuanto á la funcion de iglesia, el señor cura habia prometido hacer todo lo que estuviese de su parte para que fuese lo más lucida posible, y habia arreglado y estudiado un panegírico del santo, que creia habia de producir muy buen efecto, particularmente la invocacion ó apóstrofe final dirigido á San Bernabé, pidiéndole que viera el estado en que se hallaba el pueblo que se honraba con su santo nombre, é intercediera con el Señor para que mejorara tan triste situacion.

Pobres eran las diversiones dispuestas para el dia siguiente; pero áun así los chicos y áun los grandes se regocijaban pensando en los novillos, y sobre todo en los cohetes y la rueda de fuego que desde la calle veian en el balcon del mayordomo, donde éste los habia colocado pomposamente para que el público pudiera contemplarlos.

Amaneció por fin el tan deseado dia, y los sanbernabeses dirigieron la vista hácia Ayala, hácia las Encartaciones, hácia el valle de Tudela, hácia Sartecilla, hácia todas partes, esperando ver asomar aquella infinita muchedumbre de romeros que en tal dia y á tal hora se dirigia otros años hácia San Bernabé; pero con gran sorpresa y dolor sólo descubrieron algunas personas, y entre ellas media docena de escopeteros que el alcalde mayor del valle de Mena enviaba para mantener el órden, que temia se turbase con motivo de las bromas y cuestiones que mediaban entre los sanbernabeses y los vecinos de los lugares inmediatos.

Esta falta de forasteros tenia una explicacion muy sencilla: sabíase en todas partes que las calenturas y la discordia reinaban en San Bernabé, y se sabia tambien que los sanbernabeses habian acordado reducir poco ménos que á nada las funciones.

La hora de la de iglesia se acercaba, y apenas llegaban á doscientos los forasteros, con la particularidad de no hallarse entre ellos ninguno de Biergol. Tan inesperada falta de concurrencia á la romería tenia desesperados á los sanbernabeses, y la ausencia absoluta de los de Biergol les hacia sospechar que en este último andaba la mano oculta del señor cura, contra quien se recrudecieron con tal motivo el enojo y la desconfianza.

Un incidente ocurrido poco ántes de empezar la misa, vino á envenenar más y más los ánimos: algunos forasteros que venian de léjos almorzaron fuerte apenas llegaron, y excesivamente alegres con el morenillo de Rioja, cometieron la imprudencia de lanzar dos ó tres balidos, con lo que entre ellos y los del pueblo se armó una paluquina de mil demonios, que con dificultad consiguieron contener los escopeteros.

Por fin empezó la funcion de iglesia, llenándose ésta, que era pequeña, de gente. El altar estaba, como suele decirse, hecho un ascua de oro con la infinidad de luces que en él ardian.

La procesion alrededor de la iglesia fué solemne y tranquila, si bien el viento del Sur, que soplaba desde la noche anterior bastante impetuoso, apagó todas las hechas, y faltó poco para que derribase imágen y estandarte.

Empezó la misa, y despues del Evangelio el señor cura subió al púlpito y comenzó el panegírico del santo apóstol. Apenas habia dado principio á su oracion, se manifestaron, con escándalo de todas las personas sensatas y piadosas, las brutales prevenciones que los sanbernabeses abrigaban contra su candoroso párroco, pues no nombraba éste una sola vez á San Bernabé, sin que estallasen murmullos de descontento, creyendo el obcecado vecindario que el sacerdote prolongaba intencionalmente la última sílaba del nombre del santo.

Dolorosamente afectado el señor cura con la obcecacion é injusticia de sus feligreses, abrevió cuanto pudo el sermon, y se volvió hácia el apóstol para dirigirle el piadoso apóstrofe que habia preparado cuidadosamente y esperaba habia de producir saludabilísimo efecto.

—Santo y glorioso apóstol, exclamó, ve, ve...

Salvajes gritos de ira interrumpieron al predicador, que no pudo completar la frase de «¡ve, ve el tristísimo estado en que se halla el pueblo que patrocinas!»

—¡Matarle! ¡matarle!—¡que muera! gritaban hombres y mujeres promoviendo un tumulto espantoso.

Dos hombres furiosos y desatentados se lanzaron al púlpito y arrojaron desde él al señor cura, que se desnucó al dar contra una columna del templo.

Y como la confusion y el desórden creciesen cada vez más, algunas personas se subieron sobre los altares, esperando librarse así de morir ahogados ó aplastados.

Los que habian subido sobre el altar mayor derribaron algunas velas de las infinitas que allí ardian, y prendiéndose una cortina, el fuego se extendió rápidamente por el retablo, que estaba como yesca por su mucha antigüedad, y trepando al techo que era de madera laboreada, se extendió rápidamente por todo el templo, avivado por el viento del Sur que entró de repente por las puertas que abrió de par en par la muchedumbre para lanzarse fuera de la iglesia.

La gente aterrorizada huia, y los escopeteros pugnaban por apoderarse de los principales promovedores de aquel terrible tumulto, y particularmente de los asesinos del párroco.

Algunos de los perseguidos se refugiaron en casa del mayordomo, que era una de las primeras de la calle, y cerrando tras sí la puerta, empezaron á hostilizar desde el balcon y las ventanas á los escopeteros que querian forzar la entrada. Muebles y cacharros caian sobre los escopeteros desde el balcon. Entónces los escopeteros hicieron fuego á los que desde el balcon los hostilizaban, y los cohetes y la rueda de fuego que estaban allí se inflamaron, y pronto la casa se vió envuelta por las llamas, que impulsadas por el viento, fueron apoderándose de las demás de la única calle que constituia casi toda la aldea.

Algunos vecinos y forasteros hicieron desesperados esfuerzos por salvar de las llamas así el templo como las casas; pero todo fué inútil: ¡pocas horas despues, de la hermosa aldea de San Bernabé sólo quedaban montones de ceniza y escombros!

Tal es la triste historia de la solitaria cruz rodeada de zarzas y yezgos, que me contaron una tarde caminando á la sombra septentrional de la cordillera pirenáico-cantábrica.

ANTONIO DE TRUEBA.

VISITA DE S. M. LA REINA

AL HOSPITAL DE JESÚS NAZARENO.

Hay en la apartada calle de Amaniel un vetusto edificio, cuya modesta apariencia no revela ciertamente el objeto benéfico á que está destinado: tal es el hospital de Jesús Nazareno, para mujeres pobres impedidas é incurables, uno de los establecimientos que más honran á la coronada villa.

Fundóle en 6 de Enero de 1803 la Excma. señora condesa viuda de Lerma, marquesa de San Andrés, obteniendo una cédula del rey don Cárlos IV para llevar á cabo su piadoso proyecto, y fué instalado primitivamente en una casa particular de la calle del Conde Duque; pero al poco tiempo hubo necesidad de trasladarle á otra casa de la calle del Burro (actualmente de la Colegiata), luégo á otra de la calle de la Madera, y por fin, en 4 de Octubre de 1824, al edificio que hoy ocupa en la de Amaniel, cedido por el rey don Fernando VII.

En la época inmediata á su fundacion, admitíanse en él seis enfermas pobres; y como las limosnas y las rentas crecieron en breve de una manera portentosa, merced á considerables donaciones y legados, aumentóse gradualmente el número de acogidas; pero en 1812 fué suprimido por el gobierno intruso el benéfico establecimiento, y las desgraciadas enfermas hubieron de salir de aquella mansion de amparo y de caridad cristiana.

Tres años mas tarde, en 3 de Marzo de 1815, la señora doña Joaquina de Lerma y Horcasitas, condesa de Cifuentes, hija (creemos) de la noble fundadora, alcanzó permiso para volver á abrir el piadoso asilo, y en 15 de Julio de 1816, en virtud de escritura otorgada ante don Zacarías Delgado, escribano de número, el señor don Luis Exarque y Cervera, canónigo de Valencia, comisionado por el Patriarca de las Indias (que lo era á la sazon el señor don Francisco Antonio de Cebrian y Valda), prelado superior del real Noviciado de hermanas de San Vicente de Paul,—se comprometió á aceptar, en nombre de este piadoso instituto, la direccion y administracion del establecimiento, que habia estado hasta entónces á cargo de una junta de damas de la nobleza madrileña.

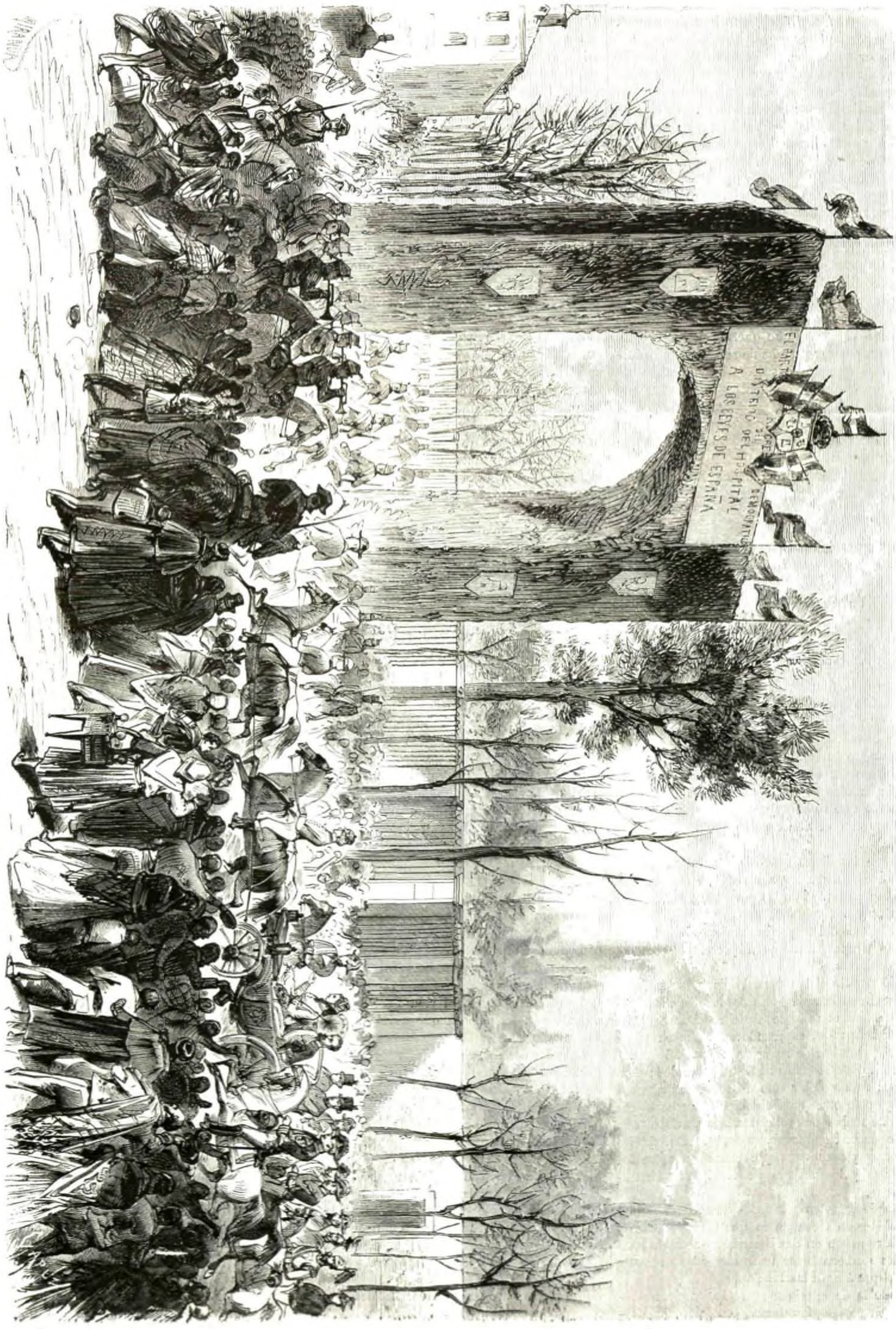
Tal es la historia, en breve resúmen compendiada, del hospital de Jesús Nazareno, que fué visitado muy detenidamente por S. M. la reina doña María Victoria, en la tarde del 24 de Marzo último.

Nueve salas hay en él, espaciosas y ventiladas, que reunen doscientas camas (con dos buenos colchones cada una), para otras tantas acogidas, y pocas son actualmente las plazas vacantes; en todas las dependencias reina el órden más perfecto, el aseo más esmerado, y bien se descubre á primera vista que las hermanas de la Caridad son los ángeles buenos del piadoso asilo.

Todo lo examinó S. M. la reina, á quien acompañaban el director general de Beneficencia, don José Peris y Valero, el celoso director del hospital, don Eusebio de Santiago, y otras personas, y en una de las salas presenciamos la escena que está representada en el grabado de la pág. 181.

Cierta pobre impedida, florista, estaba á punto de acabar una rosa cuando S. M. penetró en la sala de San Vicente; acercóse la augusta princesa á la humilde acogida, sonrióla afablemente, y miró la flor que confeccionaba; y como la pobre florista se la ofreciese con entrecortadas frases, la reina la aceptó con gusto y recompensó generosamente á la infeliz impedida.

El hábil dibujante de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ha reproducido fielmente esta escena conmovedora.



ESPAÑA.—LLEGADA Á MADRID DE S. M. LA REINA.

MADRID.—VISITA DE S. M. LA REINA AL HOSPITAL DE LAS INCURABLES.

A las cinco de la tarde, S. M. regresaba al real alcázar.

Nosotros, al concluir estas breves líneas, creemos deber tributar gracias expresivas al digno director del establecimiento, á cuya amabilidad é ilustracion debemos algunos curiosos datos que hemos apuntado.

X.

LA SAMARITANA (1).

Entrada de *Sichar* ciudad de Samária; en el fondo la *fuente de Jacob* circundada de olivos y palmeras; á lo léjos extendido desierto. El sol marcha á su ocaso; celajes de oro y grana tachonan el horizonte.

ESCENA ÚNICA.

La Samaritana y coro de mujeres.

LA SAMARITANA.

Doncellas de Samária,
tiernísimas esposas
y las que el triste velo
ceñis de la viudez,
guirnaldas aromadas
de nardos y de rosas,
de flor de terebinto
y de jazmin tejed.

—

De Cristo la venida
gozosas celebremos;
¡corónese de soles
el monte de Sion!
El arpa abandonada
del sáuce descolguemos,
el arpa que pulsaron
David y Salomon.

—

Rodaron sobre el mundo
embravecidos rios,
del cielo los torrentes,
el desbordado mar:
y sus hinchadas olas,
sus indomables bríos,
del hombre no pudieron
los crímenes lavar.

—

Tras el voraz diluvio,
no secas las llanuras,
la temeraria frente
volvió la culpa á erguir;
mas ya caudillo santo
bajó de las alturas
los bienhadados dones
del cielo á repartir.

Coro de mujeres.

Con fuerza irresistible
la voz de tu alborozo,
cual sacudidas ramas
nos hace estremecer.
¿Has visto por ventura,
con inefable gozo
el Jefe prometido
del pueblo de Israël?

—

¿O visteis el terrible,
el serafin alado,
que de Isaías trémulo
los labios abrasó,
para que así extinguida
la huella del pecado,
pudiera de su boca
salir la voz de Dios?

—

¿Encierran tus palabras
encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
del vencedor Miguel?
Que es grato lo que dices,
cual sombra en el verano,
cual agua en el desierto,
cual aura del Edem.

LA SAMARITANA.

En la mitad del dia
lanzaba el sol ardiente
abrasadores rayos
de vivido rubí;
para llenar mi cántara
de la vecina fuente
en el cristal sereno,
de la ciudad salí.

—

Bajo el hojoso toldo,
que el manantial sombrea,
por el calor rendido
un hombre contemplé;
semblante como el suyo
jamás se vió en Judea;
miréle sorprendida,
y á mi pesar temblé.

—

Creyeron ver mis ojos,
mirando su belleza,
de la celeste cumbre
purísimo querub;
y que encendiendo el aire,
ornaba su cabeza
esplendoroso disco
de diamantina luz.

—

Cual derretido plomo
pesaba el tardo viento,
y el cántaro del agua
el hombre me pidió.
—«¿Depone así un judío
(le pregunté al momento)
los implacables ódios
y el heredado horror?

—

»El hijo de Judea,
si nuestra tierra pisa,
ni nos demanda asilo
ni calma aquí la sed:
de nuestros frescos lagos
le daña hasta la brisa:
¿y tú en Samária ruegas
á mísera mujer?

—

(Con ironía.) »De vuestro templo fuera
orar á Dios no es dado;
Jerusalem es sólo
la fuente de salud.
Para vosotros somos
la noche y el pecado;
¿que buscan en Samária
la aurora y la virtud?»

—

Rizó sus dulces labios
sonrisa bondadosa,
y díjome que él era
el iris de la paz:
que del esclavo humilde
y la oprimida esposa
las rígidas cadenas
su mano romperá.

—

Me dijo que en Judea,
lo mismo que en Samária,
en templo de oro y jaspe
y en pobre Gerazim,
en populosa villa
y en choza solitaria,
al que le ruega escucha
el Dios del Sinaí.

—

Que el alma recogida
en éxtasis interno,
sin ostentoso culto
al Padre puede orar:
al Padre, santo espíritu
sublime y sempiterno,
de quien el mundo es templo
y el corazon altar.

—

Incrédula le oia,
pero de asombro muda,
y mi azarosa historia
entónces me contó:
con mágica palabra,
sin vacilante duda,
de los secretos mios
el velo desgarró.

—

Para él nada hay oculto:
pesados devaneos,
pasiones sofocadas,
recóndito dolor:
las sombras vagorosas
de efímeros deseos,
el llanto no vertido
de despechado amor;

—

El oro que soterra
su avaricioso dueño
y con inquietos ojos
vigila sin cesar:
de enamorada vírgen
el deleitoso sueño
que pudorosa quiere
del alma desterrar;

—

El simulado afecto
tranquilo y apacible
con que venganza aleve
se oculta para herir;
las misteriosas cifras,
del tenebroso libro
que encierra el porvenir...,

—

Todo lo ve y lo sabe:
penetra en el abismo,
traspasa la muralla,
sondea el corazon.
¡Quizá desde su trono
bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
que tuvo compasion!—

—

Sabed que Cristo dice
que hay fuente cristalina
que de los cielos baja
y apaga nuestra sed:
hay rayo que la mente
benéfico ilumina:
el agua del bautismo,
el rayo de la fé.

—

De Cristo la venida
gozosas celebremos;
¡corónese de soles
el monte de Sion!
el arpa abandonada
del sáuce descolguemos,
el arpa que pulsaron
David y Salomon.

Coro de mujeres.

De Cristo la venida
gozosas celebremos;
¡corónese de soles
el monte de Sion!
el arpa abandonada
del sáuce descolguemos,
el arpa que pulsaron
David y Salomon.

LARMIG.

(1) La bellísima composicion que precede, pertenece á la obra que con el título de *Mujeres del Evangelio* va á publicar en breve el distinguido poeta, que hasta ahora se oculta bajo el nombre de Larmig. Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta preciosa escena, notable por la galanura de las imágenes, la variedad y riqueza de tintas, la fluidez de la versificacion, y que revela cuán versado está el señor Larmig en la literatura oriental, y su profundo conocimiento de las Sagradas Es-

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

XXXI.

DE QUÉ MANERA PUEDE UNA BRIBONA QUITARSE UNA CARETA PARA PONERSE OTRA.

(CONTINUACION.)

—¡Pero, señora! exclamó Enrique; yo quisiera que llegara usted al fin, á lo importante, á una revelacion.

—Permítame usted, señor don Enrique, permítame usted, ya llegaremos á ella. Antes es necesario pasar por antecedentes, á fin de que ni usted ni nadie pueda dudar de mí. Voy á ser lo más breve posible. Despues de la muerte del Caballero ó del Matemático, como usted quiera, muerte perfectamente natural, aunque pudiera decirse motivada por el terror que causaba al Caballero el Pintado, éste se hizo más asiduo en sus visitas y las hizo durar mucho más tiempo que ántes. El escribano me visitaba tambien, y muchas veces se encontraban en casa á un tiempo él y el Pintado. Yo notaba, porque á mí no se me escapa nada, señor don Enrique, que el escribano miraba de una manera particular al Pintado, y que éste no podia ocultar en presencia del escribano un cierto recelo; pero como los dos pretendian á un tiempo intimar conmigo, yo atribuia esta manera que tenian de mirarse, aunque siempre dentro de la cortesía, á rivalidad, á celos á causa de mí. ¡Ay, señor don Enrique! si las mujeres, y particularmente las viudas, no fuéramos tan débiles. ¡Cuándo me hubieran dicho á mí que yo habia de hacer caso de las pretensiones de un hombre casado! Nadie diga: «De este agua no beberé.» Yo he sido tan rígida, tan quisquillosa, tan intransigente como las demás; y sin embargo... ¡ah! ¡el corazon, señor don Enrique! ¡el corazon, el corazon es un estúpido! En fin, á qué insistir: me olvidé de todo, y creyendo en las apariencias, en el extraordinario amor del Pintado, dia por dia, hora por hora, minuto por minuto, lentísimamente me fuí interesando por él, hasta que me apasioné y cegué. Suplico á usted no juzgue mal de mí por esta leal confidencia que le hago. El corazon no se manda, señor mio; es nuestro enemigo, nuestro peor enemigo: es voluntarioso; él nos va modificando lentamente, hasta que al fin nos trasforma, nos vence, haciéndonos transigir con lo que más odioso nos era. Yo lo olvidé todo,

y fuí la víctima de ese infame. Sí, de ese infame; porque ese infame me ha abandonado, me ha desgarrado el corazon, me ha hecho comprender toda la trascendencia de la falta que cometí, ciega por la locura; y al recobrar la razon, señor don Enrique, al considerar la profundidad del abismo en que me encuentro sumida, mi amor, mi amor insensato ha sido reemplazado por una horrible sed de venganza. Sí; yo necesito hacer conocer al Pintado, que á la viuda de mi marido, á doña Nicolasa, no se la burla, no se la humilla, no se la desprecia, no se la abandona, no se la descontenta así como se quiera. Sí, sí, señor don Enrique: yo necesitaba dar una leccion terrible, una leccion inolvidable al Pintado. Pero ¿cómo, cómo? ¿Qué medios tenia yo para vengarme? ¿Un medio vulgar, un medio inmoral, el crímen? ¡Ah! No: una persona bien instruida, una persona recta, puede incurrir en una falta grave impulsada por la locura; pero no puede incurrir en dos, aunque dicen que dada la primera falta, la segunda es fácil, la tercera facilísima, y las sucesivas naturales á causa de la perversiva progresion del sentimiento. Pero yo no habia cometido verdaderamente una falta, señor don Enrique; yo habia sucumbido á una enfermedad, lo cual no es lo mismo, á lo que yo creo; yo no podia desafiar al Pintado; yo no podia decir á nadie: mátale. Hubiera encontrado de sobra quien lo hiciera; porque hoy, señor don Enrique, se da una puñalada por cinco cuartos y medio. Pero esto no estaba, esto no está ni en mi moralidad ni en mi conciencia. Sin embargo, yo tenia cada momento más sed de venganza; buscaba el medio, y no le encontraba; pero antes de ayer, revolviendo en mi cómoda para buscar no sé qué cintajos, me encontré con el pliego cerrado que me habia entregado el Caballero ó el Matemático, como usted quiera, que yo habia puesto allí, y del que sin embargo no habia vuelto á acordarme; ¿y para qué? Yo tenia la seguridad de que el Caballero habia muerto de muerte natural ó de congestion cerebral, lo que estaba demostrado y legalizado por la declaracion de los facultativos, de la cual no puede dudarse; y habiendo muerto de muerte natural el Caballero, ¿para qué vengarse del Pintado, que ninguna parte tenia en su muerte, á no ser una parte indirecta y á causa de la cobarde impresionabilidad del Caballero? Yo me habia olvidado del pliego; pero el Caballero ó el Matemático, señor don Enrique, como usted quiera, me habia indicado que entre él y el otro habia un grave secreto, por medio del cual podia vengársele si el otro le asesinaba. En la situacion en que me encontraba, me creia autorizada para todo; y con la esperanza de encontrar en aquel pliego medios para vengarme, le abrí. ¡Oh, Dios mio! ¡Oh, Dios de justicia! Por aquel pliego aparece de una manera clara y terminante que el autor del crímen de la Enramadilla fué el Pintado, en complicidad con el Caballero; y no es este el solo y horrible crímen que se revela en aquel pliego. Aparece otro tambien, otro que puede calificarse de asesinato premeditado y alevoso, puesto que prevaliéndose de la mala conducta del jóven maestro de escuela de Leganés y de sus viajes nocturnos todos los sábados para ir á hablar con su novia á Madrid, se preparó un plan infernal que llegó á un completo éxito, puesto que ese desgraciado, inocente del crímen que se le imputaba, ha sido responsable de él y sufre una condena terrible, en tanto que el asesino, escudado con esa condena, vive tranquilo gozando del amor de demonio que siente por su adúltera mujer y de la venganza del adulterio.

No se podian condensar en ménos palabras más horrores.

Enrique miraba con ánsia á aquella mujer.

Ella le sonreia de una manera particular, que queria decir claramente:

—Señor mio, todo esto que usted ha oido no es más que la exposicion de un buen negocio que yo quiero realizar: pero costará caro, porque yo no vendo barato lo que vale mucho.

Enrique, que habia conocido ya bastantemente á aquella bribona, la dijo:

—Cuanto usted quiera, si nos provee usted de una prueba bastante.

—Bastante, bastantísima, y áun sobrada,—dijo la Nicolasa.—El Pintado está tranquilo; él no sospecha ni puede sospechar las medidas que para procurarse una venganza habia tomado el Caballero ó el Matemático, como usted quiera. Se le puede acometer en silencio por la espalda, cogerle descuidado y atarle codo con codo como se ata á los responsables de crímenes para arrojarlos ante los tribunales. Yo no exigiria nada por este secreto, si no estuviese en el caso de indemnizarme, porque áun no he concluido de poner de manifiesto ante su juicio de usted todas las infamias que contra mí ha cometido ese hombre funesto, ese criminal avezado al crímen, ese demonio. Yo habia quedado bien, muy bien; mi marido era rico; me habia dejado de quince á veinte mil duros en rentas del Estado: no extrañe usted que poseyendo yo una renta decente me consagrase á cuidar de un hombre solo, se entiende, de un hombre decente, de cierta edad, de ciertas circunstancias, de un hombre sério; porque tener cuatro no quiere decir que no se procure tener cinco; y sobre todo, que el ócio fastidia á las que han nacido con una actividad semejante á la mia. Podrá decírseme que con la renta de veinte mil duros pude yo encontrar un marido conveniente; pero me habia ido tan bien con el mio, que no me atreví á exponerme á que me fuera mal con otro; y lo que el otro, que era un hombre de bien, me habia dejado, se lo llevase un tunante. ¡Ay, señor mio! ¡Si pudiéramos prever! yo que habia defendido de tunantes mi peculio, vine á perderle por un infame, por un bandido con quien ni siquiera podia casarme. La locura, siempre la locura. ¡Cuánto valdrian las gentes si no estuviesen expuestas á volverse locas! Yo habia llegado á adorar al Pintado; yo creo que él me habia dado algo; que me habia embrujado. De otro modo, yo no puedo comprender el fanatismo, la ceguera á que llegué por él. Él tiene olfato y olió mi dinero. ¿Qué defensa tiene una mujer enamorada contra el hombre á quien ama? A pretexto de especulacion, señor mio, me ha chupado todos mis cuartos y me ha dejado por puertas; porque, ¿qué son cuatro ó cinco mil durejos que me han quedado? Ni áun para el garbanzo hay; así pues, que mediando como median gravísimos intereses, estando tan enamorada como está esa señorita de ese pobre inocente, y estimándole á usted tanto como le estima, yo creo que no soy exigente pretendiendo por esas pruebas se me indemnice de quince mil duros perdidos; yo no exijo su entrega inmediata; yo bien sé con quién hablo; sé que estoy tratando con un caballero, y por otra parte, no quiero que se me crea una estafadora que se vale para realizar una estafa de una mistificacion. Con que usted me empeñe su palabra, señor don Enrique, estoy satisfecha.

—Dije á usted pidiese por ese pliego cuanto quisiese, dijo Enrique, desembarazando la cuestion de todo ambaje. Usted quiere quince mil duros: en buen hora: yo doy á usted mi palabra de entregárselos en el momento en que usted me entregue ese pliego.

—¿Pero usted no duda?...

—No; tiene usted demasiado mundo para comprender que ciertas supercherías no dejarian de ser inútiles tratándose de cierta clase de personas: yo tengo antecedentes, y por consecuencia, la seguridad de que en ese pliego consten los elementos de una prueba completa. Si á usted le parece, iremos al momento á mi casa y recibirá usted los quince mil duros; despues iremos á la de usted, y me entregará usted ese pliego. Yo guardaré profundamente el secreto.

—El pliego está aquí, dijo Nicolasa, sacando de entre sus ropas un pliego cerrado y dándoselo á Enrique.

Éste le guardó y tiró del cordon.

El carruaje se detuvo, y el lacayo abrió la portezuela.

Enrique le dió la órden de que los llevasen á su casa.

Media hora despues, el negocio estaba perfectamente terminado.

Nicolasa salia de la escena, al salir de la casa del marqués de Torre Negra, llevando consigo en billetes de Banco quince mil duros.

Y decimos que salia de la escena, porque no tenemos para qué volver á ocuparnos de ella.

Habia servido de instrumento á la Providencia, y habia cumplido su mision.

Enrique, entre tanto, devoraba con una ansiedad febril el manuscrito de don Nicolás Angulo, el Caballero, ó el Matemático, como quieran nuestros lectores.

XXXIII.

EL MANUSCRITO DEL CABALLERO.

Aquel manuscrito contenia lo siguiente:

«Comprendo que estoy en peligro, muy en peligro; me he propuesto hacer productiva mi complicidad en un crímen, y he exigido al autor de ese crímen ocho mil duros, que me han sido entregados.

Se ha procurado cubrir el efecto que ha causado esa exaccion; pero yo soy un hombre de mundo que leo bajo la piel de su semblante, por inmóvil que sea, las emociones de un hombre.

Se teme que yo siga explotando esta mina, y se me ha sentenciado.

Tengo miedo: me doy por hombre muerto.

Una fuga al extranjero seria inútil.

Él me seguiria para enmudecerme; él temeria siempre que desde léjos yo le explotase, y es avaro.

¿Qué le importa á él un crímen más ó ménos, y tanto más, cuando ese crímen serviria para evitar las consecuencias del anterior?

¿Pero qué le importa á la justicia, á quien yo me dirijo, de estas consideraciones en que me entretengo?

Nada absolutamente, nada.»

Despues de este preámbulo, el Matemático entraba en materia, y tomaba el asunto desde su principio, esto es, desde los amores entre Gabriela y Estéban, y continuaba haciendo de una manera breve y lúcida, que hubiera honrado á un fiscal, la exposicion de la historia del crímen de la Enramadilla.

Despues de esto, continuaba:

«El Pintado no se habia reducido sólo al asesinato; se habia llevado consigo el oro y las alhajas que habia encontrado junto á la víctima.

Me hizo la cuenta por los dedos de lo que importaba el robo, y para hacerme su cómplice, que no lo fuí yo hasta entónces, me ofreció diez mil duros, que me entregó al dia siguiente.

Por el momento, se quitó el hábito y los zapatos, se puso los que acostumbraba á usar, me entregó aquellos objetos, y me dijo:

—Es necesario que quemes esto, así como tu hábito y tus zapatos: hay que borrar completamente los indicios.

El Pintado creyó que estando yo tan interesado como él en que el crímen no se descubriese, yo me apresuraria á quemar aquellas prendas.

El Pintado se fué á su casa, que estaba inmediata, llevándose en una cesta las joyas y el dinero, y entró en su casa por las tapias del corral, entre nueve y diez de la noche.

Yo, con mi traje usual, y llevando en un lio los dos hábitos y los dos pares de zapatos, me fuí temblando á mi casa por fuera del pueblo. El casuco en que yo habitaba estaba ya en el campo, como á unos quinientos metros de distancia, al extremo de la calle Real.

Entré tambien por las tapias del corral.

Delante de mi casa, por delante de la puerta, habia algunos otros casucos, y temí ser observado.

En esa casilla donde yo habité, hay en el corral un pozo seco: yo me apresuré á arrojar al pozo mi fardo; luégo, temeroso de que su recelo trajese al Pintado, para tener la seguridad de la destruccion de las prendas que podian denunciar el crímen, encendí fuego en la chimenea, y quemé en ella algunos harapos mios; un andrajo que me servia de cobertor y unos zapatos viejos, cuidando de que quedasen algunos fragmentos de piel quemada, para engañar al Pintado.

Esperé desvelado y estremecido de terror toda la noche, y el Pintado no sobrevino; pero al dia siguiente á las once se me presentó.

—Y bien: ¿has destruido aquello? me dijo.

—Sí, sí señor, le respondí: ahí tiene usted en la chimenea las cenizas.

—Esto se ha quemado mal; aquí quedan pedazos de cuero; es necesario acabarlo de quemar.

Recogí todos aquellos pedazos, encendí fuego y los arrojé en él.

Cuando no quedó ni una particula, el Pintado dijo:

—Que busquen la forma en la ceniza; pero aquí queda algo: estos clavos son una parte de forma, y tambien estas medias herraduras.

Y recogió las tachuelas y la herradurillas, que el fuego no habia podido consumir, y salió y se encaminó al pozo.

Yo tuve miedo; temí que á pesar de la oscuridad del fondo, el recelo hiciese adquirir tal fuerza á los ojos del Pintado, que viese los zapatos y el hábito que en el fondo del pozo estaban.

Yo no habia querido bajar para enterrarlos, temeroso de que estando en esta operacion llegase el Pintado.

Éste al acercarse al pozo retrocedió, y dijo:

—No, no, toda precaucion es poca: esto está mejor en el excusado.

Y lo arrojó á él.

Luégo me dijo:

—Hemos concluido. Yo podia muy bien enviarte á paseo, porque nada puedes decir contra mi sin comprometerte; pero te he ofrecido diez mil duros, y te los traigo. Toma.

Y me dió una carta-órden de diez mil duros para su apoderado en Madrid.

Esa carta-órden, que es otra prueba, se encontrará con la fecha del dia siguiente al del crimen, en poder de don Manuel Malcampo, notario, calle de Cedaceros, núm. 30. Si no se encuentra la carta-órden porque la haya recogido el Pintado, se encontrará registrada en alguna parte.

Estos hombres de negocios, llenan todas las formalidades necesarias.

Cuando se fué el Pintado, yo salí ostensiblemente por la puerta de la casa, la cerré con llave y me despedí de los vecinos, diciéndoles: que en el pueblo no se me hacia justicia; que me abandonaban los amigos, empezando por el Pintado; que no tenia que comer, y que me iba á Madrid á probar fortuna.

En cuanto á la entrega de la casa, que yo dejaba de habitar, le llevé la llave al tio Barrenas, su dueño, que todavía no ha tenido el gusto de beberse un vaso de vino pagado con el producto de su inmueble.

—Tanto me da, me dijo arrojando la llave á un lado y sin hablarme una palabra de los alquileres vencidos. Dejaremos que habiten la casa los ratones. Dios le dé á usted fortuna, Caballero, y á vivir en paz.

Yo salí del pueblo, despidiéndome de todos los que encontré al paso, y tomé el camino real; pero despacio.

Cuando llegó la noche me volví, pero abandonando el camino y tomando un rodeo, y llegué á las doce detrás de mi casa, ó de la que habia sido mi vivienda, es necesario no olvidarse de la propiedad del lenguaje. Salté la tapia, me fuí al pozo, bajé á él, apoyándome con los piés y los brazos en sus paredes, y llegué sin dificultad al fondo.

Una vez allí, encendí un fósforo, y con él un cabo de vela de sebo.

Los hábitos y los zapatos estaban allí.

Los zapatos que el Pintado usó la noche del crimen son de becerro blanco en buen uso; están guarnecidos hasta media suela por tachuelas cuadradas, y tienen en los tacones herraduras (lo mismo tenian los zapatos viejos mios que yo quemé).

En los pueblos se usan estos zapatos guarnecidos de hierro, para hacerlos durar más.

Pero como entre los cuerpos del delito, la justicia ha guardado las impresiones de esos zapatos hechas en la greda, se encontrará que esos zapatos blancos se adaptarán perfectamente á los moldes conservados.

El pozo se ensancha en su fondo, y tiene un revestimento de ladrillos corroidos por el salitre.

Yo quité algunos de aquellos ladrillos y socavé con mi navaja, que era fuerte, hasta hacer un hueco en que cupieron los hábitos y los zapatos.

Yo tenia seguridad de que profundizando un poco en la arena, encontraria agua bastante para poder amasar parte de la tierra que habia quitado para hacer el hueco en que habia metido las prendas y colocar otra vez los ladrillos.

Me costó mucha pena encontrar alguna poca de agua profundizando el fondo del pozo, que más bien que seco estaba sucio.

La operacion se hizo bastante bien.

Eché el resto de la tierra en el hoyo que habia hecho en la arena, y luégo la arena que habia levantado, en el hoyo: la igualé y la apisoné con los piés.

La obra habia resultado bastante bien.

No estando en antecedentes, era difícil reparar en el escondrijo.

Subí, salté la tapia, me alejé á campo atraviesa, dando un inmenso rodeo, y al romper el dia entré en Madrid.

Lo demás nada importa.

Cuando la justicia lea esto, yo habré muerto, tal vez de terror; estoy amagado de una congestion cerebral.

El formidable Pintado me aqueja en mis sueños, me parece verle por todas partes; mi sangre está irritada, acre, y me arrepiento á cada momento más de mi avaricia, que ha sido un alerta para ese miserable, que en nada se detiene, que de nada se espanta.

Si la justicia lee este manuscrito, la justicia de Dios me habrá castigado; pero es necesario que no quede impune el infame que me ha arrastrado á una complicidad.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 7.º, compuesto por don Javier Marquez Búrgos.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª p. toma p. 2.ª C. cubre: mate.	1.ª D. toma T. jaque.

VARIANTES.

1.ª

1.ª	1.ª D. 3.ª AD. toma C.
2.ª C. toma p. mate.	

2.ª

1.ª	1.ª D. toma p. jaque.
2.ª A. toma D. mate.	

3.ª

1.ª	1.ª D. 5.ª C. D. toma C. ó C. toma T.
2.ª A. 8.ª D. mate.	

4.ª

1.ª	1.ª C. 3.ª R.ª
2. T. toma C. mate.	

PROBLEMA NÚM. 8.º

COMPUESTO POR D. JAVIER MARQUEZ BURGOS.

NEGRAS.

BLANCAS.

Juegan y dan mate en tres jugadas.

El Pintado se creyó seguro, por las apariencias que recaian sobre el maestro de escuela, y yo tengo á mi vez la seguridad, porque sé que el Pintado no ha dejado el pueblo sino para venir á Madrid, de que el dinero y las alhajas robadas á la pobre doña Eufemia, están enterradas en el sótano de la casa-huerta del Pintado: que la justicia busque estas alhajas y este oro; serán una prueba concluyente é irrecusable.»

Seguian la fecha y la firma.

Enrique habia leido con una conmocion poderosa, insoportable, este largo manuscrito.

Apenas hubo terminado su lectura, cuando ébrio de alegría, agitado, trémulo, buscó á Ángeles.

Era ya de noche.

Ángeles no estaba en su cuarto.

Preguntó á su doncella particular, y ésta le dijo, que la señorita Elena habia bajado al jardin á respirar el aire libre, porque la dolia la cabeza, y que poco despues la señora habia bajado tambien; que en el jardin debia encontrarlas.

Enrique bajó.

XXXIV.

UNA NUEVA SITUACION.

El jardin era extenso y bello y excesivamente cuidado.

Grandes árboles de sombra impedian se viesen las casas circunvecinas; de manera, que dentro de aquel jardin se podia tener la ilusion de que se estaba en el campo.

En el centro se extendia un bello parterre, al rededor de una fuente, ó mejor dicho, de un cenador redondo, revestido de hiedra y madreselva, dentro del cual habia una fuente rústica, rodeada de bancos rústicos tambien, y en el cual habia cuatro pequeñas entradas.

Anticipémonos á la bajada de Enrique al jardin. Vengamos al momento en que Elena, quejándose de un fuerte dolor de cabeza, habia expresado su intencion de ir al jardin á respirar el aire libre.

La noche era hermosísima, de una placidez y una serenidad admirables.

Alumbraba alta la luna llena.

El jardin estaba encantador.

Se oia el murmullo de la fuente, y el susurro de las hojas de los árboles, levemente agitadas por el aura.

Elena, entregada á sus dolorosas cavilaciones, avanzaba con la cabeza inclinada sobre el pecho hácia el cenador.

Se podia decir que marchaba maquinalmente.

Al ir á entrar en el cenador, tropezó con otra persona.

Se retiró, miró y vió un caballero anciano, demacrado y pálido, á quien no conocia.

Pero comprendió que aquel debia ser el tio de Enrique, el marqués de Torre Negra.

La luna daba de lleno en el bello semblante de Elena.

Al reparar en ella el anciano, lanzó una exclamacion de asombro, y áun pudiera decirse que de terror, una exclamacion dolorosa, y luégo extendió los brazos, miró con ansiedad á la jóven, y exclamó:

—¡Oh! ¡perdon, Mercedes! ¡perdon!

Y cayó de rodillas y luégo por tierra sin sentido.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Reimpresa la cuarta edicion del número 14 de esta publicacion, correspondiente al año anterior, le hemos remitido á los suscritores á quienes se debia.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET.
CALLE DE LA LIBERTAD NUM. 29.